

CRISTIANIDAD



116

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

15 ENERO

1949

Dentro del mismo ciclo litúrgico de la Epifanía y como complemento necesario de los temas tratados en el número

anterior, se exponen en éste las consideraciones doctrinales que brotan de los escritos balmesianos sobre la familia y sus directas relaciones en la civilización europea.

Demostrado que al catolicismo debió su espléndido desarrollo la civilización de que tanto se gloria la Europa de nuestros días y todo el mundo civilizado que de ella recibió su influjo y sus orientaciones, trátase ahora de probar con elocuentes documentos históricos de perenne vitalidad y a la luz de las mismas doctrinas de nuestro Balmes, que al Protestantismo y a la secuela de errores filosóficos y políticos que fueron su corolario, es deudora la humanidad doliente de hoy, de los gérmenes de ruina y desunión que amenazan malograr los ubérrimos frutos acarreados a través de los siglos por la obra universal de la Iglesia católica.

EDITORIAL: El hogar cristiano.

PLURA UT UNUM: El hombre separa lo que Dios unió, por Joaquín Xicoy Bassegoda (págs. 26 a 28); **De Wittemberg a la Bastilla, pasando por el divorcio,** por J. M. Barjau Riu (págs. 29 a 31); **Germen de ruina y doctrina de salvación,** por Roberto Coll Vinent (págs. 32 a 34); **Atentados sacrílegos en Tierra Santa,** por J. C. (págs. 42 y 43).

DEL TESORO PERENNE: Dos actitudes; dos símbolos: Sentencia del Papa Clemente VII contra Lutero. — Consulta de Lutero y de los demás doctores protestantes sobre la poligamia (págs. 36 a 39); **El catolicismo es el único cristianismo,** Jaime Balmes (pág. 40); **Mi conversión,** (pág. 41); **Realidades históricas,** Jaime Balmes (pág. 41); **Discurso del Papa al nuevo embajador español** (pág. 44).

A LA LUZ DEL VATICANO: El secreto del señor Truman (II), por José Oriol Cuffí Canadell (págs. 45 y 46).

DE ACTUALIDAD: La misión de Italia. — La Iglesia Católica en Siberia. — Los judíos de Francia colaboran activamente con los sionistas, por J. O. C. (pág. 47).

BIBLIOGRAFIA: Orientaciones bibliográficas, por Luis Luna (pág. 48).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PÍDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar

LA VUELTA A LOS ALTARES

LUIS CREUS VIDAL



El más luminoso y penetrante estudio de los orígenes de la actual tragedia. Filosofía de la historia.



PÍDALO EN NUESTRA ADMINISTRACIÓN

Precio 25 Ptas.

La Inquisición

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas



Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra administración .

LECTOR:

Varios padres misioneros españoles, que en lejanas tierras de la India han conocido nuestra Revista, son grandes entusiastas de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefonea al n.º 22446 y se te dará el nombre de tu favorecido

CRISTIANDAD

NÚMERO 116-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 382, 2.º, 1.º - Teléf. 22448

BARCELONA

15 de Enero de 1949

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222667

MADRID

EL HOGAR CRISTIANO

La historia nos habla de epidemias y pestes que han asolado pueblos y naciones enteras. Nosotros mismos hemos tenido la triste suerte de ser contemporáneos a dos guerras mundiales que han causado el exterminio de millones de hogares. Y el hogar es la semilla del pueblo, el pueblo lo es de la ciudad y ésta de la Nación; y el equilibrio de las naciones produce la paz internacional.

CRISTIANDAD recordaba recientemente que sin la paz individual no puede existir la de las familias, pueblos, ciudades, naciones, y señalaba como remedio a la guerra, en que sin tregua vivimos, el recurso al Corazón de María, Reina de la paz.

Hoy pondremos los ojos en un hogar y lo compararemos con otros hogares. Son dos concreciones de dos tendencias: aglutinante y disolvente. El hogar típico está escondido en la ladera de una montaña galilea, en un pueblecito humilde: Nazareth. Este hogar es el modelo y ejemplar de los hogares cristianos, cuyo fin es la cooperación de los padres a la obra creadora de Dios, presentando al Hacedor de Cielos y Tierra la materia apta para que ejerza su poder omnipotente sacando de la nada un alma inmortal, destinada a gozar un día eterno de la gloria de Dios. En el hogar cristiano preside el ideal, que se impone y domina los instintos bajos; los padres miran a sus hijos como una flor que ha de deshojarse delante del altar del Altísimo, y ellos son la ramita graciosa que sostiene esta flor.

Frente a estos hogares modelo, y aun desgraciadamente mezclado con ellos existe otro tipo de hogar. Su fin es el desahogo de los instintos de la materia. Los hijos son una resultante inevitable, tal vez un mal menor, a lo más un eslabón de una cadena, un Banco en donde colocar la herencia, una rama para continuar un árbol genealógico.

Hemos dicho que estos dos tipos de hogar son el resultado de dos doctrinas antitéticas, que vienen señaladas por sus fines y determinadas por un principio, que se convierte en ley: la indisolubilidad del matrimonio y el divorcio

Cristo enseñó la ley de la indisolubilidad matrimonial: «No separe el hombre lo que unió Dios». Y aun añadió: «Si Dios permitió en ciertas circunstancias, el divorcio, fué en atención a la dureza de vuestros corazones. Pero ahora (en la nueva era de la gracia) no ha de ser así». Y fué el mismo Jesús quien se dignó asistir a unas bodas santificándolas y bendiciéndolas con su presencia, y honrándolas con la singular figura del primer milagro de su vida. Quiso desde el primer momento que apareciese su benevolencia para con los nuevos esposos sacándoles del apuro en que se encontraban por la falta de vino. Esta actitud de Jesucristo no carece de enseñanzas.

Hay otro lugar paralelo en el Evangelio: la turba sigue a Jesús descuidándose del mismo alimento, y Jesús le ayuda multiplicando el pan y los peces. Al día siguiente los mismos favorecidos buscan con ansia al Maestro, pero el Señor les advierte: Me buscáis porque os he alimentado con un pan de la tierra; buscad otro pan que no se acaba. — Así, aquel vino que Jesús dió a los nuevos esposos era significación del vino de la gracia con que está dispuesto a ayudar a los que, contraído matrimonio, le invitan al nuevo hogar. La doctrina de Jesús es aglutinante; une los esposos, fomenta el hogar.

Otros que se dicen Cristianos, pero por protestar de las enseñanzas del Vicario de Cristo mejor les cuadra el apelativo de Protestantes, sostienen la doctrina diametralmente opuesta, admitiendo el divorcio hasta sus últimas consecuencias. Ellos están infestando el mundo con la más terrible de las epidemias; arrancan del matrimonio el vínculo que corresponde a la fidelidad; desgajan la flor más hermosa de los hogares; más aún vician la raíz del árbol.

El mundo es un campo inmenso poblado de árboles de vida; si estos árboles llevan la carcoma en la raíz, pronto, muy pronto se convertirá el mundo en un inmenso yacimiento de carbón. Entre tanto será un montón de podredumbre y de gusanos.

También la Virgen María ha de ser la regeneradora de la Humanidad en este aspecto. Dos factores, entre otros, nos lo ponen en evidencia. Recuérdese que el episodio de las bodas de Caná tuvo por iniciadora la Madre de Jesús: «Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: donde se hallaba la Madre de Jesús. Fué también convidado a las bodas Jesús con sus discípulos» (Jo 2 1-2). Parece, pues, que la presencia de María reclamó la de Jesús. Y más directamente intercedió y aun requirió el milagro cuando con tanta convicción dijo a los sirvientes: «Haced lo que él (Jesús) os dirá».

La otra circunstancia en favor de la protección de María sobre este mundo lacrado con tan desgraciada plaga, nos lo enseña la historia. La doctrina Protestante se afana por coonestar la legitimidad del divorcio; y ¿quién no sabe que el Protestantismo tiene como triste santo y seña la abolición del culto mariano?

Ante esta realidad abramos los ojos y tengamos conciencia del momento actual. Es el divorcio la plaga de actualidad, el mal de nuestros días, la carcoma del árbol de nuestra vida social. El divorcio supone el suicidio de la raza humana, la degeneración de la Humanidad. Es un retroceso a los tiempos más desastrosos del Paganismo. ¿Suena siempre en nuestros oídos aquel enérgico clarinazo de Jesucristo: «ab initio non fuit sic», no fué así desde un principio, al hablar del divorcio?

El hogar de Nazareth, modelo de fidelidad de esposos, ejemplar de amor de padres y de Hijo, sea el ejemplar del hogar moderno. La Sociedad reclama remedio a tantos males, pide auxilio en medio de las olas que quieren ahogar-la; le diremos, pues, con San Bernardo: Respice stellam, voca Mariam; mira la Estrella, llama a María.



FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

Profesor de Teología Dogmática del Colegio Máximo de Sarriá

El hombre separa lo que Dios unió

«Lutero y Calvino mataron el matrimonio al negar su sacramentalidad y su indisolubilidad.»

CARDENAL GOMÁ

Un siglo de Cultura occidental

En 1842 escribía Balmes el siguiente juicio de la civilización europea: «Sólo ella abarca a la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; sólo ella atraviesa las más profundas revoluciones sin perecer; sólo ella se extiende a todas las razas, se acomoda a todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; sólo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón cual fecunda savia produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad» (1). Un siglo después, en 1936, Rabindranath Tagore afirmaba: «Cuando nosotros, al principio o la mitad del siglo XIX, conocimos por vez primera la cultura europea, sentimos una alegría y una admiración espontánea, porque creíamos que iba animada de un respeto recto al hombre como hombre. Teníamos por marcas esenciales suyas la verdad, la entrega, la justicia y la benevolencia. Creíamos que se sentía obligada a librar los hombres de toda esclavitud exterior e interior. Pero hemos visto, en el breve lapso de nuestra vida, cómo iban disminuyendo este amor a los hombres y este sentido de justicia, hasta que por fin vimos que en ese mundo cultural apenas quedaba un tribunal en que las quejas del perseguido contra el opresor poderoso pudiesen tener todavía la esperanza de ser oídas por amor a la justicia» (2).

A menos de cien años de distancia, un insigne filósofo y apologista español y un gran poeta y pedagogo indio en-

juician un mismo fenómeno. Llegan ambos a diferentes conclusiones, haciendo uso correcto de la lógica. Son las circunstancias históricas, que han cambiado, las que obligan a una rectificación de juicio. Entre las fechas de 1842 y 1936 algo ha ocurrido en Europa. Algo que en los tiempos de Balmes no existía y que induce a un espíritu selecto como el de Tagore a execrar a la civilización occidental.

Un fraude y una traición

Algo ha ocurrido en Europa en los últimos tiempos. La cultura de Occidente, que hasta la fecha había sido la indiscutida y la indiscutible, entra en tela de juicio, y no sale muy bien parada. Todos, o casi todos, los intelectuales de primera fila de nuestro siglo se ocupan del fenómeno de la decadencia de Europa. Para unos, en ella, agoniza una religión; para otros, una cultura; para otros, una época. Todos coinciden en afirmar que la llamada *civilización occidental* ya no nos sirve.

Es innegable que la civilización europea ha cometido un cualificado fraude. A todos los pueblos del mundo, que, atraídos por la magnificencia de su cultura, acudían devotos a postrarse a sus pies, ha ofrecido Europa en los últimos años el lamentable espectáculo de la más absoluta discordia entre los pueblos y las clases. ¿Qué valor puede darse a esta civilización? De este fraude se lamentaba el poeta indio.

Pero es más grave todavía la hipócrita traición de Occidente. La Europa, heredera predilecta de la verdad evangélica, ha malbaratado el divino legado y ha vuelto de nuevo al paganismo, conservando hipócritamente la vestidura del cristianismo. Ha inventado y practicado un falso cristianismo, causa de la gran tragedia contemporánea. Luego, cínicamente ha afirmado que la antorcha de

(1) «El Protestantismo», T. II, págs. 9 y 10. (Obras completas - P. I. Casanovas).
(2) Alocución Universidad de Calcuta, 1936.



RAZON DE ESTE NUMERO

Dentro del mismo ciclo litúrgico de la Epifanía y como complemento necesario de los temas tratados en el número anterior, se exponen en éste las consideraciones doctrinales que brotan de los escritos balmesianos sobre la familia y sus directas relaciones en la civilización europea.

Demostrado que al catolicismo debió su espléndido desarrollo la civilización de que tanto se gloria la Europa de nuestros días y todo el mundo civilizado que de ella recibió su influjo y sus orientaciones, trátase ahora de probar con elocuentes documentos históricos de perenne vitalidad y a la luz de las mismas doctrinas de nuestro Balmes, que al Protestantismo y a la secuela de errores filosóficos y políticos que fueron su colorario, es deudora la humanidad doliente de hoy, de los gérmenes de ruina y desunión que amenazan malograr los ubérrimos frutos acarreados a través de los siglos por la obra universal de la Iglesia católica.

EDITORIAL: **El hogar cristiano.**

PLURA UT UNUM: **El hombre separa lo que Dios unió**, por Joaquín Xicoy Bassegoda (págs. 26 a 28); **De Wittemberg a la Bastilla, pasando por el divorcio**, por J. M. Barjau Riu (págs. 29 a 31); **Germen de ruina y doctrina de salvación**, por Roberto Coll Vinent (págs. 32 a 34); **Atentados sacrílegos en Tierra Santa**, por J. O. C. (págs. 42 y 43).

DEL TESORO PERENNE: **Dos actitudes; dos símbolos: Sentencia del Papa Clemente VII contra Lutero**.—Consulta de Lutero y de los demás doctores protestantes sobre la poligamia (págs. 36 a 39); **El Catolicismo es el único cristianismo**, Jaime Balmes (pág. 40); **Mi conversión** (pág. 41); **Realidades históricas**, Jaime Balmes (pág. 41); **Discurso del Papa al nuevo Embajador de España** (pág. 44).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El secreto del señor Truman (II)**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 45 y 46).

DE ACTUALIDAD: **La misión de Italia.—La Iglesia Católica en Siberia.—Los judíos de Francia colaboran activamente con los sionistas** por J. O. C. (pág. 47).

BIBLIOGRAFÍA: **Orientaciones bibliográficas**, por Luis Luna (pág. 48).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.

Roma ya no brilla ni puede brillar, pues ha fracasado en su empresa.

El germen destructor

Pero si bien es verdad que el fraude y la traición de Occidente se consuman en nuestro siglo, los actos preparatorios tienen alguna antigüedad. Entre 1450 y 1550, con la aparición de la Reforma, nace el germen destructor de la civilización occidental. Germen que, a través de cuatro siglos, ha ido desarrollando su actividad desintegradora, lenta, pero progresivamente. Al llegar a nuestros días, su labor aparece casi consumada. La Reforma protestante, sin duda uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia de la humanidad, introdujo en el mundo un nuevo modo de pensar y sentir. El centro de gravedad del universo se desplaza de Dios al hombre, del Cielo a la tierra. Se rompe violentamente la armonía del medioevo y Europa pierde su unidad, no sólo política, sino también espiritual. El germen destructor se manifiesta al través de un intenso proceso de división. División en la Iglesia, división en el Sacro Imperio, división en el pueblo, división en el individuo y, por encima de todo, división entre Dios y el mundo.

La división llega hasta el corazón de la sociedad. La familia y su causa, el matrimonio, también son víctimas del proceso desintegrador. Nada puede extrañarnos el que se atente contra la institución primaria de la vida social cuando, con el Protestantismo, el amor a la tierra triunfa sobre el amor de Dios, el sentimiento del orgullo vence al de humildad y el egoísmo derrota al principio de hermandad cristiana. Y paradójicamente vemos en nuestros tiempos proclamar el derecho a disolver a la célula fundamental de la sociedad, precisamente por aquellos hombres e instituciones cuya misión debiera ser su salvaguardia. A esto ha conducido el olvido y abandono de la esencia católica por Occidente.

Una afirmación de Lutero

En su «Comentario sobre el Génesis», Lutero escribe: «Por lo que toca a saber si se pueden tener muchas mujeres, la autoridad de los patriarcas nos deja en completa libertad» (3). Afortunadamente para Europa, la afirmación era demasiado atrevida. Daba el golpe de muerte al matrimonio monógamo. Pero, según Balme, la civilización europea había recibido ya el fuerte impulso moralizador de la Iglesia. Los pueblos que siguieron fanatizados la marcha herética de Lutero, retrocedieron asustados ante la monstruosidad. La sociedad protestante se apartó a este respecto de las doctrinas de su fundador.

Pero el Protestantismo llevaba un germen destructor. Y si bien es verdad que no pudo destruir de frente la monogamia, la destrozó de flanco. No pudo eliminar la nota de unidad en el matrimonio del mundo europeo, pero pudo suprimir la de indisolubilidad. Los pueblos protestantes rechazaron indignados la idea de una poligamia simultánea, y admitieron sin escrúpulos el divorcio, que no es más que una poligamia sucesiva. De la expresión de la doctrina cristiana *uno con una y para siempre*, el Protestantismo se quedó con el *uno con una*, y transformó el *para siempre* en un *mientras se quiera*.

La afirmación de Lutero fué demasiado atrevida. Con todo, introdujo en la mayoría de los pueblos de Europa la cuña de división en el seno de la familia. La Iglesia advirtió pronto el peligro, y ya en el Concilio de Trento declaraba: «Si alguno dijere que el vínculo matrimonial

puede desatarse por razón de herejía o de molesta cohabitación o de ausencia afectada, sea anatema» (4). Era el eco que repetía las palabras evangélicas: «No separe el hombre lo que ha unido Dios» (5).

Dos sistemas de dirigir las pasiones

Con su habitual maestría, el filósofo de Vich expone la gran diferencia existente entre el Catolicismo y el Protestantismo en el trato de las pasiones humanas. Esta diferencia de trato tiene importantísimas consecuencias en relación con el problema del divorcio, que tratamos.

Dos sistemas de dirigir las pasiones existen. El uno consiste en condescender; el otro, en resistir. En ambos sistemas se señala una línea como límite, pero en uno se deja entender que con pisarla se retirará, y en otro, que por más que se pise el límite, éste jamás cederá. «En el primer sistema se permite el desahogo para prevenir la explosión; en el segundo no se consiente que principie el incendio para no verse obligado a contener su propagación.» «En el uno se procede en el supuesto de que las pasiones con el desahogo se disipan y se debilitan; en el otro se cree que satisfaciéndose no se sacian y que antes bien se hacen más sedientas» (6).

El Catolicismo, por lo tocante al matrimonio, ha seguido el primer sistema con una firmeza asombrosa. El Protestantismo ha seguido el segundo con absoluta fidelidad. Catolicismo y Protestantismo convienen en que el divorcio perfecto, el que lleva consigo la disolución del vínculo, es un mal de extraordinaria gravedad; «pero la diferencia está en que, según el sistema católico, no se deja entrever ni siquiera la esperanza de que pueda venir el caso de esa disolución, pues se le veda absolutamente sin restricción alguna, se la declara imposible, cuando en el sistema protestante se la pueda consentir en ciertos casos» (7).

Realmente, aparte de razonamientos de derecho natural y divino, de interés social y particular, el argumento psicológico balmesiano expuesto basta y sobra, no ya para justificar, sino para ensalzar la posición de la Iglesia católica referente a la indisolubilidad del matrimonio. Indudablemente, el medio más idóneo para enfrentar una pasión es dejarla sin esperanza.

La «crueldad» católica

No faltará quien moteje a los católicos de duros y crueles por su terquedad en no admitir el divorcio. Se dirá que la doctrina católica ignora la naturaleza del corazón humano. «¿No conocéis que es inhumano sujetar a la rigidez de un principio las afecciones más tiernas, los sentimientos más delicados, las inspiraciones más livianas? ¿Concebís toda la dureza que entraña una doctrina que se empeña en mantener unidos, amarrados con el lazo fatal, a dos seres que ya no se aman, que ya se causan mutuo fastidio, que quizá se aborrecen con un odio profundo?» (8), se preguntará a los seguidores de Roma.

Ante todo, es exagerada la afirmación de que se condena a los esposos desgraciados a extremos desesperantes e insoportables con el sistema católico. La Iglesia admite el llamado divorcio imperfecto. No se rompe el vínculo «pero hay ya lo bastante para que no se puedan suponer tiranizados a los dos» (esposos) (9). Ya no se sufre el tormento que supone la convivencia de dos seres que se aborrecen.

El Catolicismo priva la posibilidad de contraer segundas nupcias a los esposos separados. Esto, que pudiera pa-

(3) Citado por Balme en «El Protestantismo» pág. 76.

(4) Con. Trid. Sess. 24, c. 5.

(5) Mt., 19, 6.

(6) «El Protestantismo» T. II, pág. 84.

(7) «El Protestantismo» T. II, pág. 85.

(8) «El Protestantismo» T. II, pág. 81.

(9) «El Protestantismo» T. II, pág. 82.

recer injusticia de trato, es, en verdad, sabiduría admirable de su doctrina. Aquí precisamente, nuestra Religión dando pruebas de su perfecta edecación a la psicología humana, obtiene uno de sus más señalados triunfos, al cerrar la puerta a todo aire de división. «En esta parte el Catolicismo es severo, es verdad, pero esta severidad no podría renunciarla sin renunciar al propio tiempo sus altas funciones de depositario de la sana moral, de vigilante atalaya por los destinos de la humanidad» (10).

«Quien siembra vientos...»

El germen destructor del Protestantismo «ha acarreado por doquiera la confusión y el desorden, y ha desnaturado la civilización europea, inoculando en sus venas un elemento desastroso, que la ha causado y le causará todavía gravísimos males» (11). Esta profecía de Balmes ha tenido en nuestros días perfecto cumplimiento. Y así, por lo que respecta al matrimonio, S. S. Pío XI pudo decir que el ataque desencadenado contra esta institución «no es ya de un modo solapado ni en la oscuridad, sino que también en público, depuesto todo sentimiento de pudor» (12).

El divorcio ha tomado carta de naturaleza en la civilización occidental. Apenas llegan a dos las naciones europeas que rechazan en absoluto el divorcio. No puede negarse que la legislación comparada moderna muestra una tendencia francamente favorable a la admisión del mismo. Las estadísticas acusan cifras escalofriantes, que van en aumento de año en año. Los males que de ello se siguen son inmensos. Se debilita la mutua benevolencia, aumentan los incentivos de infidelidad, se perjudica la educación de los hijos, disminuye la dignidad de la mujer, se esparcen las semillas de la discordia...

Lo que Balmes todavía no había visto, aunque sí había previsto, podemos contemplarlo hoy. Y es que la tendencia protestante, madre de muchos males contemporáneos, se ha encargado de eliminar de la civilización europea las notas de «unidad» y «fijeza» que la Iglesia romana le había dado. Ha puesto en su sustitución las de «división» y «movilidad». Ignora que «sin unidad no hay orden, sin fijeza no hay estabilidad, y en el mundo moral como en el físico nada puede prosperar que no sea ordenado y estable» (13).

(10) «El Protestantismo» T. II, pág. 98
 (11) «El Protestantismo» T. II, pág. 97.
 (12) «CASTI CONNUBII».
 (13) «El Protestantismo» T. II, pág. 97.

El grave dilema

El Catolicismo, el verdadero cristianismo, no es una antigualla inservible, cuyos elementos aprovechables hayan sido asimilados ya por la civilización. Es tan nuevo y válido como el primer día de su predicación. Mientras Europa no se dé cuenta de esta verdad, no encontrará, de nuevo, su lugar providencial en el mundo. El Occidente se siente gravemente amenazado en nuestros días por el bolchevismo ruso. El miedo parece haberle devuelto un poco la conciencia de su misión. Pero si supiera mirar serenamente a Moscou, descubriría que aquello que tanto la inquieta, no es más que su propio ideario, realizado por el bolchevismo hasta sus últimas consecuencias. El materialismo y el ateísmo, innegables productos de la cultura occidental de los últimos siglos, tienen allá su adecuada morada.

No negamos que la actual civilización occidental tiene mucho de válido para el hombre: técnica, organización, ciencia... Pero le priva a este hombre de lo esencial, de lo único capaz de darle verdadera vida: el alma, imagen y semejanza del Dios, que la Europa moderna ha desterrado de la tierra.

Pero Occidente no está definitivamente perdido. Puede levantarse de su actual postración. Todavía creemos con Balmes que Europa es un «joven a la flor de los años, dotado de complexión robusta y en cuyas venas circulan en abundancia la salud y la vida; los excesos del trabajo y de la disipación le postran por algún tiempo, le hacen palidecer, pero bien pronto recobra su rostro la lozanía y los colores, bien pronto recobran sus miembros la agilidad y la fuerza» (14). Porque creemos en la perenne juventud del cristianismo, no nos dejamos rendir por el pesimismo. La regeneración de Europa exige la vuelta hacia Roma. El dilema se presenta grave: o Europa se salva con Roma, o Europa se hunde sin Roma. Por esto el actual Pontífice insiste en que «la Iglesia se levanta frente al mundo como faro esplendente», que «enseña y defiende la verdad» (15), que «el Papado está vivo» (16), que «la Iglesia es vida». «Es eternamente joven» (17). Y es que el dilema no se puede retorcer.

Joaquín Xicoy Bassegoda

(14) «El Protestantismo» T. II, pág. 12.
 (15) Radiomensaje de Navidad 1944.
 (16) Discurso 6 de Septiembre 1948.
 (17) Discurso 4 de Enero 1948.

P

or lo que toca a materia religiosa no cabe en España transacción sino que es menester que el catolicismo esté respetado y acatado en toda la extensión de la palabra.

Ay de nosotros si llegásemos a perder esa alhaja preciosa, la unidad católica, si llegásemos a desasirnos de esta áncora, sola que puede salvarnos en tan deshecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas.

Allí donde hay instrucción sin religión, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes y allí hay por consiguiente un enemigo capital de la verdadera civilización.

BALMES - Escritos políticos.

De Wittemberg a la Bastilla, pasando por el divorcio

PREMISA PARA UN TEXTO DE BALMES

Junto a las puertas de la Universidad de Wittemberg, un fraile apóstata se entretiene en fijar sobre una tabla las cuatro puntas de un pergamino, arrollado como un muelle. Contiene las proposiciones de una herejía recién dada a luz.

El historiador de cinco siglos después se ha detenido junto al fraile y no ha querido interrumpir su tarea. Las preguntas que se le agolpan no han salido de su mente. El fraile no ha tenido lugar de contestarlas.

Es cosa difícil —a menudo temeraria— el tratar de adentrarse en el campo de las intenciones. La anatomía de lo intelectual es la más complicada de las anatomías. Pero la dificultad tiene momentos en que raya y hasta se confunde con la imposibilidad. Cuando la intención es confusa para el mismo que la tiene, es absurdo que otros pretendan penetrar en ella. Querer; sentir lo que se quiere: es un estado nebuloso.

El Lutero rígido a las puertas de Wittemberg, retirándose unos pasos para apreciar, con visión de conjunto, su obra, era sin duda una conciencia nebulosa. Difícilmente querría, en concreto, algo más que sacudirse en un impulso de rompimiento de ataduras. Una cosa es sentirse atado y otra conocer la composición química de las cadenas; una cosa es querer desatarse y otra tener pensado dónde ir, luego de conseguirlo.

Religión y vida

En historia sucede algo semejante a lo que sucede en el turismo. Desde el avión es claro y definido el panorama de la urbe. Estamos sobre el plano. Metido en ella, un laberinto inextricable de calles y plazas confunde y oprime al turista. Para ver bien la historia hay que colocarse a distancia. Lo enorme, visto de cerca, resulta siempre incomprensible en conjunto: está en disonancia con los ojos humanos, que son cosa muy pequeña.

Si admitimos que hay proporción entre el tamaño y la distancia —proporción inversa, supuesta constante la comprensión—, tal vez se nos aclare un problema: por qué ni hoy, acaso, se consiga abarcar en todos sus extremos el alcance de la rebelión de Lutero. De aquí que no deba parecer raro que el mismo Lutero anduviera sin saber fijamente adónde. Era turista recién llegado.

Hoy apreciamos una ruta sinuosa, con bifurcaciones y apeaderos, en los comienzos del Protestantismo. Después, la línea se torna más definida, más recta. Pero cabe preguntarse, ¿acaba todo aquí?

Los comienzos son muchas veces costosos y sujetos a las circunstancias. Lo que comienza es débil, embrionario, y no deja de zarandearse a merced del aire, movedido y variable, hasta que no cobra solidez. La política de Lutero fué ésta: la del principiante: política de circunstancias: capear. Y no dejó de serlo hasta que, dejando de ser política de Lutero, comenzó a llamarse política de algo más: del Movimiento protestante.

Puesta en marcha la conciencia de unos hombres, Lutero era el autor de todo, pero de muchas cosas, inconsciente autor. Hombres fascinados por la infantil idea de estrenar unos rjeles nuevos comenzaron a moverse a la

voz de Lutero que fué el impulso mecánico; pero, luego, ya no necesitaron de la voz: la inercia bastaba. Porque es indubitable que el fundador no tuvo de muchas consecuencias de su sacudimiento, ni siquiera una intuición en confuso.

El Protestantismo que nació bajo capa de apariencias religiosas tuvo inmediatamente repercusiones políticas, sociales, económicas. Algún ingenuo podrá preguntarse si se trataba de un descarrilamiento. ¿Se lo preguntó Lutero? De hacerlo, fué un cándido. Todo era consecuencia de un principio que no debiera perder de vista quien abre un libro de historia; de un postulado que debiera ser el foco eléctrico de su gabinete de trabajo: que es imposible e improcedente dividir al hombre en piezas y suponerle vario para sus varias salidas a escena: el hombre religioso, el hombre político, el hombre económico. El hombre es uno y su manifestación es una también: la llamamos vida. Marx lo intuyó al sentar su doctrina del materialismo histórico. Pero erró al suponer el eje de la vida en la economía. Como ateo, Marx no tomó en consideración que el hombre no es ser terreno y que, en consecuencia, la religión es lo primero que sopla en su vida. Si alteran la vida la modificación política, social, económica, la modificación religiosa cien veces más, porque el hombre tiene de religioso, más que de político y de económico en junto.

Por esto el Protestantismo tuvo consecuencias en órdenes tan diversos del religioso. Porque no fué una *religión protestante*: fué una *vida protestante*. De no admitirlo caeríamos en la contradicción de aceptar algo que entre en colisión con la realidad actual del mapamundi: que el Protestantismo, supuesto su fracaso como religión, ha perdido lo que era su cuerpo y marcha la aniquilación a velocidades astronómicas.

A nadie se oculta que el Protestantismo, como religión, ha sido declarado en quiebra. Lo ha sido en el sentido más primario de la palabra: quebrarse es romperse, fragmentarse. Hay tantos protestantismos como protestantes. Y me atrevería a afirmar que son más aún los protestantismos que los protestantes: fuera mucho concederle a un protestantismo individual una duración que no tiene un traje: la vida del que lo lleva.

Como religión el Protestantismo ha fracasado. Sin embargo, nadie discutirá que el Protestantismo sigue en pie, vigoroso y henchido. Para que no resulten antitéticas estas dos realidades —y la verdad no contradiga a la verdad, en honor a Santo Tomás y a la lógica—, hay que admitir que el Protestantismo ha sido algo más que una religión, pues que sigue robusto después de haber enfermado con enfermedad de muerte lo que en él latía de religioso.

No importa que la religión protestante haya sido un fracaso, si no lo ha sido —al contrario— la vida protestante.

Tan al contrario que hoy se vive a la moda protestante en muchos países católicos; que ha dejado de hablarse de civilización católica para hablar de civilización occidental. A muchos no se les ocurre que sea vida equívoca y absurda aquella que pretende informarse de principios de política protestante y de religión católica.

Olvido trágico del axioma de la unidad indivisible del actuar humano.

Los supuestos previos

Balmes —ya era hora de nombrarle— ha escrito un libro que llamó «su libro» en más de dos ocasiones: «El Protestantismo comparado con el Catolicismo».

Siguiendo la técnica muy lógica —muy cristiana— de no ser anti-nada, edifica más bien que destruye, tiene más de positivo que de negativo. Por esto va más a hacer ver que todo lo bueno de la civilización europea es fruto del Catolicismo que a demostrar —con todo y hacerlo multitud de veces— lo pernicioso, en los mismos aspectos, del Protestantismo.

Para toda su labor titánica de apologeta, historiador y filósofo, el erudito parte de dos bases que da por sentadas antes de poner la cruz encabezando la primera página. Son dos piedras angulares sobre las que edificará su torre y que, por lo mismo de ser cimientos, imbuirán su savia a todo el edificio. Son dos presupuestos —el dividirlos en dos es por razón de método más que de realidad: después demostraremos que ciertamente no se trata más que de dos facetas de un mismo fenómeno—, que se respiran en la atmósfera densa de conceptos del libro: el Protestantismo como vida protestante; y la Revolución, hija, heredera y continuadora del Protestantismo.

Por esto no es nombrar tarde a Balmes el poner por primera vez su nombre a la cabeza de este capítulo. Porque todo lo anterior es Balmes también: inducido del espíritu y del ambiente de su obra.

Es difícil citar textos concretos que prueben fehacientemente que Balmes se apoya en el primero de estos dos principios: por lo mismo que se apoya en él lo da por sentado como premisa mayor de todos sus silogismos y no lo menciona de un modo concreto y directo. Aunque, destruyéndolo, se quita sentido a todo lo que a lo largo de páginas va exponiendo. Son problemas políticos, son problemas sociales, familiares, económicos, jurídicos y hasta administrativos los que la aparición del Protestantismo plantea y el libro de Balmes resuelve. Ni la política, ni la economía, ni el derecho son religión. Todos ellos con la religión son la vida. No es, pues, gratuito afirmar que Balmes nos habla del Protestantismo como vida.

¿Lo es el sostener que afirma y cree que la Revolución es Protestantismo también?

Por poner la obra más atención en lo constructivo que en lo negativo es trabajo más de inducción que de deducción el demostrarlo.

El individualismo en su raíz

Lutero, al gritarle a Roma lo que el Ángel a Dios, fué un individualista, en el sentido que de exageración tienen muchos términos acabados en «ismo». Gritó *non serviam* a Roma y a toda autoridad. «Lutero, en su «De libertate christiana», esparcía la semilla de interminables disturbios con su insensata doctrina de que *el cristiano no es súbdito de nadie*. En vano buscó el refugio de decir que él no hablaba de los magistrados ni de las leyes civiles: los paisanos de Alemania se encargaron de sacar las consecuencias levantándose contra sus señores y encendiendo una guerra espantosa» (1).

Individualista fué al propugnar la libre interpretación del Texto, y este rasgo de individualismo es, tal vez, el más característico del Protestantismo: «Si algo puede encontrarse en el Protestantismo constante, es este espíritu de examen; es el *substituir a la autoridad pública y legítima el dictamen privado*» (2).

Lo fué al elevar el arbitrio humano a única ley moral —peca forte—. Y no se responda que encadenó el enten-

dimiento en la segunda parte de su frase: «*crede fortius*» Porque el objeto de esta creencia queda a libre elección.

La vida protestante comenzó, pues, siendo profundamente, inmensamente individualista. De ahí el desorden inmediato a su aparición sobre las tablas: «Lo primero que hizo el Protestantismo fué *atacar a la autoridad* y no con un simple hecho de resistencia, sino *proclamando esta resistencia como verdadero derecho*» (3).

«El Protestantismo fué desde su cuna un elemento de revoluciones y de trastornos» (4).

Conjugando ahora esta premisa con la que nos da el Angélico —*ubicumque sit pluralitas vel multitudo sine ordine ibi est confusio*—, llegamos a uno de los últimos estratos de este individualismo que es tanto más protestante cuanto más en su raíz se estudie. Si hay confusión en multitud sin orden, la única forma de sentar un orden sobre una multitud es poner sobre ella un poder que rijas sus destinos, primero, y, luego, dar a cada uno de sus miembros el sentido de su participación del todo. El poder lo destruye el Protestantismo en sus cimientos. El sentido de la participación del todo también: el hombre entra a formar parte de la sociedad como uno, no a través de esta célula primaria que es la familia.

Protestantismo y Revolución

Balmes habla de un Protestantismo como vida. Por esto mismo lo cree algo más que religioso.

Examinando a fondo cada uno de los ataques que dirige al Protestantismo, tal vez no topemos con uno solo que no pueda aplicarse igualmente a la Revolución. En su aspecto doble, positivo y negativo.

Negativamente, ¿no puede también decirse del Derecho Nuevo que propugna que el cristiano —el hombre: Lutero también quería decir el hombre— *no es súbdito de nadie*? ¿No puede decirse de él que *substituye a la autoridad pública y legítima por el dictamen privado*? ¿No puede asegurarse que ataca a la autoridad, *proclamando la resistencia como verdadero derecho*?

Y, positivamente, cuando Balmes demuestra que el concepto de verdadera libertad está en el Catolicismo, ¿no rebate el concepto de libertad, a la par protestante y revolucionario? ¿Y no ocurre lo propio cuando se refiere a individualismo, opresión, y a cuantas ideas protestantes aniquila en su parangón con las católicas?

Y es porque para Balmes no hay solución de continuidad entre Protestantismo y Revolución. Si el Protestantismo es vida y no hay nada más opuesto a la vida que el concepto de límites estrechos, es natural que, en su crecimiento y evolución, el Protestantismo cambie, en formas, en aspectos, claro está, pero que permanezca siempre el mismo en su fondo.

El divorcio

El Protestantismo es padre de la Revolución ya que de él aprende ella a despreciar la autoridad, primer principio para que haya orden donde hay multitud. Pero lo es también por cuanto de él aprende ella a quitar al hombre este sentido de su participación del todo, segunda base para la coexistencia de individuos en agrupación social.

Por lo mismo que el sentirse miembro es base del orden y el orden lo es de la convivencia, todo cuanto sea exagerar el individualismo será sembrar un disolvente de la agrupación humana. Hay que andar en justos términos. Y nótese que decimos justos términos, no términos medios —muchas veces el término medio tiene sabores de arre-

(1) El Protestantismo comparado con el Catolicismo. Tomo III, pág. 196.

(2) Balmes. Ob. cit. T. I, pág. 25.

(3) Balmes. Ob. cit. T. II, pág. 165.

(4) Balmes. Ob. cit. T. IV, pág. 5.

glo o de componenda— absolutamente reñidos con la justicia. Tan malo, o peor, es exagerar el sentido colectivo, como exagerar el individual.

La sociedad humana es por naturaleza necesaria al hombre. El hombre no puede vivir sino conviviendo. Aparentemente se establece aquí una pugna entre individuo y colectividad. Pero esto no sucede sino cuando se parte del supuesto de que el hombre entra en la sociedad aislado, solo, uno más.

Cuando en París se proclamaron los Derechos del Hombre, ¿por qué se olvidó la Familia?

Precisamente la política que tiende a reforzar la cohesión entre los componentes de estas células primarias es la que mejor conduce a orillar el problema, de otra suerte irremediable, de la pugna individuo-comunidad.

Sería cándido decir que el Derecho Nuevo —cocido en los hornos de 1789— niega la existencia real de la familia. Sin embargo, sería muy objetivo y realista afirmar que, aunque como realidad natural la admite, de hecho obra como si no existiera, como si el hombre no entrara en la sociedad dentro de esta primera célula, sociedad también. Es aceptar el hecho, pero negar sus consecuencias.

La postergación de la familia a segundo término, en aras de un encumbramiento del individuo, es el mayor disolvente de toda cohesión. Y, si la cohesión es la base del orden social, es el mayor disolvente del orden social el germen de la más desenfrenada anarquía.

Y este olvido y esta postergación de la familia, tienen raíz hondamente protestante. El Protestantismo, como religión, ha permitido algo que después ha legalizado el Protestantismo como política: el divorcio. El divorcio es uno de los puntos en que más vitalmente se empalman estas dos apariencias de una misma realidad: Protestantismo y Revolución.

Aquí radica el cimiento más hondo del individualismo moderno. Es preciso admitir de hecho la familia, pero al no encontrar en ella la fijeza y estabilidad que pide Bal-

mes, ya que el divorcio se la quita, resulta más cómodo prescindir de la comunidad doméstica y hablar de individuos en lugar de familias. Esta fijeza y esta estabilidad son precisos de todo punto para edificar sociedades compactas.

Repitiendo una pregunta que arriba he formulado, cuando Balmes, en los capítulos centrales del tomo II de su obra, arremete contra el divorcio, inventado por el Protestantismo y legalizado por el Código de Napoleón, ¿no es cierto que resulta incomprensible todo su ataque, si no se supone al divorcio punto vital del contacto entre el Protestantismo viejo y el Protestantismo nuevo?

Corolario

Hay que insistir en ello: la vida es una. Por esto todo ese cúmulo de principios protestantes que la Revolución acepta no pueden entenderse como principios separados: son un todo compacto. La resistencia a la autoridad es algo único: resistencia a Dios, a la ley civil, a la autoridad familiar. La disolución y relajación de los lazos que unen hombres con hombres, caen englobados en lo mismo: destruir la autoridad es dar prepotencia al arbitrio humano: el arbitrio soberano es el disolvente de la sociedad doméstica —divorcio—, y de ahí de la sociedad civil y religiosa.

Conectado todo ello con la realidad vital del Protestantismo que empieza en Wittemberg, pasa por el divorcio, llega a la Bastilla y se proyecta sobre nuestro siglo, aparece el todo, que, aun visto de lejos, resulta muy complejo para captarlo sin hacer anatomía. Y este todo es premisa única de la obra de Balmes.

Y consecuencia de conjugar esta premisa única con los capítulos de su libro en que nos habla de la sociedad familiar y el divorcio, es éste el sillar más profundo de esta disolución producida en el mundo por esta realidad que unos llaman Protestantismo y otros Revolución.

J. M. Barjau Riu

Qué prímesa el alma con angustiosa pesadumbre al solo pensamiento de que pudiera venir un día en que desapareciese de entre nosotros esa unidad religiosa que se identifica con nuestros hábitos, nuestros usos, nuestras costumbres, nuestras leyes; que guarda la cuna de nuestra monarquía en la cueva de Covadonga; que es la enseña de nuestro estandarte en una lucha de ocho siglos con el formidable poder de la Media Luna; que desenvuelve lozanamente nuestra civilización en medio de tiempos tan trabajosos; que acompaña a nuestros terribles tercios cuando imponían silencio a Europa; que conduce a nuestros marinos al descubrimiento de nuevos mundos, a dar los primeros la vuelta a la redondez del globo; que alienta a nuestros guerreros al llevar a cabo conquistas heroicas, y que en tiempos más recientes sella el cúmulo de tantas y tantas grandiosas hazañas derrotando a Napoleón.

BALMES - *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, Tomo I pág. 196

Germen de ruina y doctrina de salvación

«Tú varías y lo que varía no es verdad»

Cuando Bossuet en su famosa «Historia de las variaciones» esgrimió la frase con que encabezamos este artículo, señaló, con la intuición propia del genio, el punto más deleznable de la herejía protestante. Y apuntó la brecha por donde había de llegar el desmoronamiento total de aquella pretendida reforma, que, apenas nacida, había de recibir el signo de su muerte.

El fenómeno de la reforma protestante ocupa un lugar preferente en la historia universal. Si hubiera sido solamente una herejía que atentara contra un dogma de la religión católica, sería registrada en los anales de la historia de la Iglesia junto a una serie de otras muchas y es probable que no tuviera preeminencia alguna por su importancia intrínseca. Su extinción, como la de todas esas enfermedades de la pobre inteligencia humana, hubiera sido encomendada a la acción del tiempo y a estas alturas la Iglesia la dejaría de tener entre sus enemigos. La protesta luterana fué un hecho altamente sintomático, fué la explosión del combustible acumulado a través de largos siglos. La protesta luterana no fué ni quería ser un cambio de religión, sino un apartamiento de la religión.

Por esto hoy, a más de cuatro siglos de distancia, no la llamamos «religión» protestante, sino simplemente «reforma» protestante. Y aun agotando más el verdadero sentido y significación del hecho histórico que nos ocupa, deberíamos llamarla «revolución» protestante, pues que lo que hizo no fué reformar —que esto fuera al menos constructivo— sino transformar, volcar de arriba abajo, destruir.

Mas, como quiera que sólo la verdad permanece firme, y el error lleva consigo el signo de su propia destrucción y muerte definitiva, el Protestantismo, que no era un error sino el error, que no era una herejía sino la herejía por antonomasia, pues que las comprendía todas, no pudo eludir esta ley que de modo fatal obra sobre él. Y todas las mutaciones que experimenta, a la vez que revelan su filiación, nacida de la falsedad, son vulgares estratagemas para escurrirse y agazaparse, son el expediente con que intenta su infiltración en el seno de la sociedad, a cuyas costumbres y exigencias, aun las más inmorales, se acomoda.

Hoy no puede afirmarse la existencia del Protestantismo como doctrina religiosa con sus dogmas y preceptos. Y, sin embargo, ahí están las naciones todas, aun las más civilizadas, víctimas de esta revolución total que empezó con aire tímido de aparentes escrúpulos religiosos y ha terminado arrumbando los pilares que sostenían el edificio al que posadamente se sigue llamando «civilización occidental».

De las ideas a los hechos

«Es imposible que la sociedad permanezca por largo tiempo en un orden de cosas que esté en oposición con las ideas de que está imbuida» (1). Cuando Balmes sentaba esta rotunda afirmación, enunciaba una verdad en cuyo profundo alcance no se detendrá nunca bastantemente la mente del hombre. Las revoluciones de carácter universal no brotan espontáneamente ni las promueven un grupo de audaces aventureros. Los que dirigen son los instrumentos, los fautores son los dirigidos.

(1) «El Protestantismo comparado con el Catolicismo». Tomo I, pág.

Todos los hechos que han ido sucediéndose desde que un fraile apóstata alzó su voz contra Roma no han sido hechos individuales gestados en imaginaciones exaltadas, sino que han sido fenómenos sociales, fruto de ideas maduras, de principios ampliamente difundidos y asimilados. Las sociedades, como tales, no siguen las doctrinas de un iluso sin participar antes de sus desvarios.

Por esto los problemas que hoy tiene planteados la humanidad tienen una amplitud que jamás tuvieron. La tea incendiaria que acabó con el principio de autoridad en el seno de la protesta luterana, prendió en el ánimo de los necios y soberbios que siempre fueron mayoría, y lo que antes era apellidado rebeldía es llamado hoy heroísmo, lo que ayer fué crimen es hoy virtud. La idea protestante penetró no en lo que pudiera tener de religiosa, sino en lo que tenía de rebelde. Roto el principio de autoridad, faltó de eje el principio religioso, cada súbdito fué juez de sí mismo, pues que la protesta así lo enseñaba, y con la más implacable de las lógicas, las masas lo iban a poner en práctica sin necesidad de que se lo repitieran segunda vez.

«Cuando en una sociedad es mirada una acción como un crimen horrendo no puede el legislador señalarlo con pena benigna, y, al contrario, no le es posible castigar con mucho rigor lo que la sociedad absuelve o excusa» (2). Es una de las más absurdas paradojas de nuestros tiempos el que a la vez que se concede y proclama una desmedida libertad de conciencia, de pensamiento, de religión, se coarte cada vez más el ejercicio de estas libertades de que antes se gozaba quizá con menos aparato. En el orden especulativo no existe traba alguna; y todo error y monstruosidad circula y se desparrama con iguales y aun preferentes derechos a la verdad misma, mas en el orden de los hechos la represión se hace cada día más severa cuando la aplicación de aquellas ideas que adquirieron carta de naturaleza y plena franquía atenta contra el orden exterior. Contradicción manifiesta y burda que con harta frecuencia se cuidan de hacernos recordar esas hecatombes que contemplan aturdidos quienes no ven en ellas la ejecución inevitable y poco menos que fatal de principios consagrados y benévolamente tolerados en aras de esa civilización muelle que olvida y desprecia el nombre de Dios y el principio de autoridad que en El tiene su asiento y fundamentación. Hase olvidado que «quien reina en nombre de un principio es menester que se resigne a sufrir los desacatos que dimanar puedan de sus consecuencias» (3). Y una sola sociedad encariñada con una idea o envenenada con un principio herético no admite un divorcio permanente ni consiente que sean colocados en planos paralelos ideas y hechos. A la situación violenta que un estado así crearía no podrían hacer frente los más poderosos ejércitos del mundo.

Germen desintegrador y unidad integradora

Tres son los elementos constitutivos de la civilización: individuo, familia, sociedad. Es vana pretensión querer prescindir de alguno de ellos, puesto que perdido el engranaje, la relación social se hace imposible.

De estos tres elementos, por igual esenciales, la herejía protestante viene a prescindir del intermedio al introdu-

(2) «El Protestantismo comparado con el Catolicismo». Tomo II, pág. 126-26.

(3) «Cartas a un escéptico», carta 1.ª, pág. 20

cir con el divorcio el germen de su disolución y de su ruina. No viene al caso detallar los burdos expedientes con que tal atentado se consuma. La historia nos habla de ello con insuperable elocuencia y los frutos de tan pernicioso semilla los recogen las generaciones nuestras sin que, al parecer, hayan aprovechado la triste lección de experiencia tan amarga.

El hecho está ahí. Y no está para discutirlo, sino para que su detenido examen y consideración suscite el remedio. El individuo aislado en la sociedad es impotente para atender a sus necesidades. No es posible la relación entre él y la sociedad sino a través de la familia, institución de derecho natural y de derecho divino positivo.

La destrucción de la familia por el Protestantismo tiene su raíz próxima e inmediata en el divorcio que legaliza el concubinato sucesivo con unas condiciones mínimas que la ley se encarga de reducir a la nada. Obstáculos aparentes, mantenidos por un resto de pudor, simulan una resistencia ficticia y unas trabas ilusorias que la pasión desatentada cuida de suprimir y avasallar. El divorcio no es tanto el hecho de una separación que implica la desunión entre los esposos y la destrucción moral de la familia, cuanto el principio que consagra el derecho a tal desunión y la proclama como norma universal. El divorcio es aun más, muchísimo más, es la sustracción del matrimonio del ámbito de la Iglesia, que lo considera sacramento indisoluble, para acercarlo a la órbita del Estado o de la ley que lo conceptúa mero contrato cuya resolución queda a la libre voluntad de las partes. El divorcio admite la subrogación del Estado en la esfera independiente y en la personalidad soberana de la Iglesia. El más grave mal del divorcio está en arrebatar al matrimonio el carácter sobrenatural de sacramento para naturalizarlo y rebajarlo al nivel de una simple transacción bilateral. Aquí no hay reforma, sino destrucción; aquí no hay variación, sino muerte.

Es en este momento en que aparece la verdadera raíz del divorcio, por más que el ser mediata haga menos fácil el examen. Y es ni más ni menos que un simple corolario del principio del libre examen llevado hasta las últimas consecuencias. El principio de autoridad no existe en el seno del Protestantismo. Quien se emancipa de la tutela de la Iglesia y de su Representante supremo, y lo hace en virtud de una doctrina que cree cierta; quien por principio no admite como norma de conducta más que su interpretación personal de un Evangelio que no entiende, este tal no tiene por qué someterse a otra autoridad si del examen privado resulta que a esta autoridad le faltan títulos para imponerse. Si ninguna fuerza de ley tienen los preceptos divinos abandonados a una interpretación arbitraria, menguados títulos ostentará la autoridad que los quiera fundar en motivos humanos. Es verdad, como dice un célebre tribuno español, que «unas veces la maldad de los principios está limitada por la bondad de los hombres y otras la maldad de los hombres limita la bondad de los principios», pero ninguna fuerza quita a la interpretación exacta y exhaustiva de este principio, en cuyo seno no existe fundamento alguno de la fidelidad mutua entre los esposos, ni el respeto y obediencia de los hijos a los padres o los deberes de éstos con aquéllos. Deberes éstos que únicamente los encontrarían los protestantes en la misma ley natural que destruyen admitiendo el divorcio por ella condenado.

Sin familia no hay sociedad ni civilización

A la filosofía, y tanto como a la filosofía al sentido común, corresponde deducir la conclusión de tales premisas, sentadas con tanta firmeza por realidades irrefutables. El individuo, por el mismo instinto de sociabilidad con que le dotó el Creador, necesita agruparse en torno a la

familia con una unidad sólida que sólo por lazos espirituales puede mantenerse indefinidamente. El conjunto de familias componen la sociedad y las sociedades realizan la civilización. Si la familia no puede constituirse en manera alguna sin el concurso de los individuos, menos puede existir una sociedad civilizada sin que antes el hombre esté agrupado en familia, célula vital e indispensable, cantera de ciudadanos, escuela de abnegación y de sacrificio. Individuo, familia, sociedad, tres eslabones de una misma cadena, y tres eslabones necesarios. Si no existe la familia se rompe la relación, se abre un abismo insondable que el individuo por sí solo no puede salvar.

Sentada la premisa, el hombre es impotente para evitar la consecuencia. Negada la familia por el Protestantismo, el fenómeno histórico-social subsiguiente era irremediable. De provocarlo se encargaron los filósofos del siglo XVIII, y la escuela individualista liberal lo puso en práctica. Exhaltando eufóricamente una libertad sin límites emancipan al individuo de todo deber y relación que suponga merma de esta libertad que se ofrece como panacea de todos los males. El Protestantismo quiere tener primero un matiz religioso y en la religión simula acotar el ámbito de sus objetivos; la filosofía ejecuta sus planes con el avance del naturalismo y el racionalismo que hacen de la razón diosa suprema del humano saber. En política, el liberalismo se consagrará a la difusión de los postulados que antes parecían ser manjar privilegiado de los filósofos y hombres de talento, para hacerlo asimilable a las turbas ignorantes enloquecidas y abrevadas con promesas de una ilusoria y absoluta libertad que les embriaga y que será fuente de las más espantosas tiranías. Entonces aparece en forma de reacción un nuevo fenómeno que se llamará socialismo y más tarde comunismo y que, desconocedor también y destructor de la familia, enfrentará a la sociedad organizada gregariamente con el individuo aislado que pierde su personalidad ante un Estado prepotente y despótico. Todos estos hechos son diversas fases de un mismo fenómeno que tiene su punto de arranque en el Protestantismo y todos convienen en destruir a la familia y en despreñar la Ley de Dios.

Por esto, cuando hablará la Iglesia se referirá primero a todas las fases por separado, pero luego las calificará a todas por igual y, condenándolas, sentenciará: laicismo, apostasía, materialismo. Y al señalar las causas de tanto mal las marcará en la destrucción de la familia y el apartamiento de Dios, hechos en los cuales el Protestantismo tuvo parte principal y preferente. Sin la familia el individuo se encuentra solo, anonadado, y no tiene más fuerza que la que proviene de su unión con otros individuos para formar «masas» cuyo fin negativo era destruir, demoler, enfrentarse con un ente para ellos artificial que unos llaman sociedad, Estado, y que ellos calificaban de «monstruo». Liberalismo individual y socialismo son dos formas extremas de un mismo mal, dos apariencias externas de un error que es substancialmente el mismo. Entre ellos no hay propiamente lucha de ideas sino predominio de clases o de intereses.

La sociedad antes unida y en un proceso constante de ascensión que tenía por base y ejecutoria el Cristianismo, sufrirá un colapso con la herejía luterana e iniciará un proceso regresivo en el orden de la civilización. Sin familia la sociedad no puede subsistir. Sin familia la civilización no puede progresar. «La experiencia de los siglos —decía Torres y Bages— demuestra que la restauración social es el resultado de la restauración de todos los elementos que integran la sociedad» (4).

Ilusos son y cándidos en demasía quienes creen en el resurgimiento de la sociedad y en el progreso y avance de la civilización sin contar previamente con el restablecimiento de la familia tal como la Iglesia la quiere y tal como Cristo, su divino Fundador, la estableció, familia

(4) Obras completas, Vol. IV «Estudios Apologéticos», pág. 163

PLURA UT UNUM

cristiana, familia indisoluble, donde el «uno con una y para siempre» sea un postulado inconcuso y una realidad vital. Y no conocen la fuerte trabazón espiritual de la familia los que quisieran ver pujante sin antes regenerar espiritualmente al individuo que ha de fundarla y a todos los que la componen. Regeneración individual primero, restablecimiento de hecho y de derecho de la familia cristiana, resurgir espiritual de la sociedad, esplendor y auge de la civilización, he aquí la gradación lógica y necesaria, he aquí el proceso único y total de restauración de la sociedad.

Los errores de nuestra civilización: El mal y el bien amalgamados

«El verdadero peligro para las sociedades humanas comenzó en el día en que la gran herejía del siglo XVI obtuvo el derecho de ciudadanía en Europa. Desde entonces no hay revolución ninguna que no lleve consigo para la sociedad un peligro de muerte. Consiste esto en que, fundadas todas ellas en la herejía protestante, son fundamentalmente heréticas; véase, sino, cómo todas vienen dando razón de sí y legitimándose a sí propias con palabras y máximas tomadas del Evangelio» (5). Donoso Cortés acertó a sintetizar en este párrafo toda la magnitud inmensa de los problemas que tiene hoy planteados nuestra civilización. Las dos últimas líneas de él explican en gran manera esta aparente antinomia que hoy se estila al hablar de «civilización occidental» y comunismo ruso, y la todavía más aparente sinonimia entre este mismo concepto de «civilización occidental» y «civilización cristiana», origen de tanto confusionismo.

Sin ánimo de definir, civilización cristiana no hay más que una que es la civilización católica. Cristianismo ha venido a ser un término equivoco a fuerza de oírlo en boca de protestantes que se irrogan a sí mismos la condición de cristianos. Cristianismo y Protestantismo son términos que se repelen y que se excluyen. Balmes da sobre

(5) «Ensayos sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo», libro IV, página 252.

esto una notable aclaración que reproducimos íntegramente en estas páginas para mejor orientación del lector.

Luego, si por «civilización occidental» se entiende esta confusión y mezcla de países y religiones e ideologías, maduradas muchas de ellas a la sombra de la reforma luterana y que tomaron cuerpo y consistencia a la luz siniestra de los principios heréticos de la Revolución Francesa y de la filosofía racionalista que fué su precedente, la dicha civilización no constituye, en realidad de verdad, y bajo el punto de vista católico, ninguna antítesis con respecto al comunismo ruso, puesto que ambas ideologías y posturas contienen el germen de la ruina en la misma proporción y medida. Esta civilización no es la que alumbró la Iglesia; y sería curioso que una ideología política que se alimenta en los principios heréticos del Protestantismo se erigiera en paladín de una civilización frente al comunismo, siendo la dicha ideología fautora del socialismo y destructora de las más puras esencias católicas y, por tanto, cristianas. Hablar de civilización «cristiana y liberal», como alguien lo ha hecho, es uno de los mayores contrasentidos que pueden darse.

«Civilización occidental» es un concepto muy vago. En esta vaguedad se encuentran, es cierto, residuos de principios cristianos que son los que le dan alguna vida; pero se hallan también, y en mayor proporción, el germen de destrucción y de ruina que sólo por intereses circunstanciales se oponen a otros intereses, ninguno de los cuales tiene que ver con la verdadera y única civilización que es la católica.

Hacer que de esta amalgama de bien y de mal se expurgue éste y reluzca aquél sin aditamento alguno de otras ideas que deslustran su belleza, es misión que se hace cada día más urgente. Entonces serán disipados los múltiples errores de esta civilización occidental que hace cuatro siglos se hizo traición a sí misma y permanecerá sola, intacta, libre de los gérmenes de ruina que hoy la acompañan y malogran, la civilización católica, la verdadera civilización, cuyos postulados tienen virtualidad para devolver a Europa y al mundo la paz que perdieron hace tanto tiempo y harán vislumbrar nuevos horizontes llenos de luz y de claridad encerrados en la doctrina de salvación de la que es depositaria la Iglesia, definidor único el Papa y Fundador nuestro Divino Maestro Jesucristo.

Roberto Coll Vinent

La sociedad si no es religiosa, será superticiosa; si no cree cosas razonables, las creará extravagantes; si no tiene una religión bajada del cielo, la tendrá forjada por los hombres: pretender lo contrario es un delirio; luchar contra esa tendencia, es luchar contra una Ley eterna.

BALMES - *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, Tomo I

LAS BODAS DE CANA



Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la Madre de Jesús. Fué también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas...

Este fué el primer milagro que hizo Jesús, en Caná y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos.

Ioh. II, 1 y 11

DOS ACTITUDES



Clemente VII

Transcribimos a continuación dos documentos históricos de sus de quienes los suscriben. Uno, signado por el Papa Clemente VII, en todavía la reina, su esposa, Catalina de Aragón, prohibición acom principales doctores de la secta protestante, y dirigido al Príncipe le autoriza el segundo matrimonio viviendo todavía su primera espo.

La energía de la Iglesia Católica ante los desmanes de un y pasiones, contrasta con la sinuosa conducta de los reformadores y hechos posteriores, acaban por ceder y claudicar ante la atrevida pr de su primera y legítima esposa.

Elocuente demostración de toda una historia y de toda una doc el símbolo más precioso y en la Iglesia su más celoso relicario. Lutero y de la triste reforma que él encabezó.

SENTENCIA DEL PAPA CLEMENTE VII CONTRA LUTERO

«Clemente Papa VII. Como quiera que pendiente la lite ante nos y por nos cometida, en consistorio de los cardenales, a nuestro dilecto hijo Capisucco, nuestro capellán y auditor, y decano de las causas de nuestro sacro palacio apostólico, entre nuestros carísimos en Cristo hijos Catalina y Enrique VIII, reyes de Inglaterra, sobre si era válido el matrimonio entre ellos contraído, el dicho Enrique haya echado a la dicha Catalina, y de cierto casándose con cierta Ana, contra los mandatos y decretos nuestros, en que le amonestábamos y prohibíamos que no lo hiciese, con nuestras letras despachadas en forma de Breve, con consejo de nuestros hermanos los cardenales de la santa romana Iglesia, despreciando temerariamente y de hecho todas las cosas aquí contenidas. Por tanto, nosotros, con la plenitud de la potestad que Cristo, Rey de los reyes, en persona del bienaventurado San Pedro, sin nuestro merecimiento, nos concedió; sentados en el tribunal y trono de la justicia, y teniendo sólo a Dios delante de nuestros ojos, por cumplir con nuestro oficio, de consejo de nuestros hermanos los cardenales de la Santa Iglesia, congregados consistorialmente en nuestra presencia, por esta nuestra sentencia pronunciamos y declaramos el apartamiento y desposeimiento de la dicha Reina Catalina y privación de casi la posesión del derecho conyugal y dignidad real, en la cual estaba a tiempo que se movió esta lite; y el matrimonio contraído entre el dicho Enrique y la dicha Ana (siendo todas estas cosas sobredichas notorias y manifiestas, como por tales las declaramos) ser y haber sido nulo, injusto y atentado, y sujeto al vicio de la nulidad e injusticia y atentación, y que los hijos nacidos o que nacerán de este matrimonio de Enrique con Ana han sido y son ilegítimos, y que la dicha reina Catalina debe ser restituida en su antiguo estado y casi posesión del derecho conyugal y dignidad de reina, y que el dicho rey debe echar de sí y de su cohabitación, y casi posesión del derecho conyugal y de reina, y apartar a la dicha Ana. Así lo pronunciamos en

estas nuestras letras apostólicas, decretamos y declaramos, restituímos, reponemos, echamos y apartamos. Y asimismo, con esta misma nuestra sentencia, por el mismo consejo y puro oficio nuestro arriba dicho, declaramos que el dicho rey Enrique ha caído e incurrido en las censuras y penas de excomunión mayor y otras contenidas en nuestras dichas letras, por no haberlas obedecido y haberlas despreciado; y como a tal mandamos que todos los fieles cristianos le eviten. Pero queriendo usar de oficio o de piadoso y benigno padre con el dicho Enrique, suspendemos la declaración de las sobredichas censuras hasta y por todo el mes de septiembre primero venidero, para que pueda, con más comodidad, obedecer a nuestra sentencia y a nuestros mandatos; y si en este tiempo no obedeciere y no restituyere a la dicha Catalina en el estado en que estaba cuando se movió la lite, y no apartare de su cohabitación y casi posesión el derecho conyugal y de reina, a la dicha Ana y purgare con efecto todo lo que ha atentado, queremos y decretamos que desde ahora para entonces tenga su lugar y fuerza esta nuestra presente declaración.

Así lo pronunciamos.»

(Documento reproducido íntegramente por el famoso historiador jesuita Padre Pedro Ribadeneyra en el Capítulo XXV de su obra «Cisma de Inglaterra». Vid. páginas 968-969 en «Historia de la Contrarreforma», editada por Biblioteca de Autores Cristianos.)



Enrique VIII

DOS SÍMBOLOS



Martín Lutero

relevancia que determinan inequívocamente el proceder y la doctrina que prohíbe el casamiento de Enrique VIII con Ana Bolena viviendo nada de graves penas conminatorias. Otro, suscrito por Lutero y los príncipes, landgrave de Hesse, en el que a solicitud del dicho Príncipe, se lo que equivalía a aprobar la poligamia.

El serenisimo príncipe que pretende sujetar la ley divina a sus caprichos testantes que tras unas consideraciones hipócritas desmentidas por la acción de un Príncipe impúdico, autorizándole su casamiento en vida

ya. La verdad firme que no se tuerce ante nadie, tiene en Clemente VII el error y el vicio marcan simbólicamente los primeros pasos de

CONSULTA DE LUTERO

Y DE LOS DEMAS DOCTORES PROTESTANTES SOBRE LA POLIGAMIA

Al serenísimo príncipe y señor, Felipe, landgrave de Hesse, conde de Catzenlenbogen, de Diets, de Ziegenhain y de Nidda, nuestro clemente señor, deseamos ante todas las cosas la gracia de Dios por Jesucristo.

Serenísimo Príncipe y Señor:

1.—Hemos sabido por Bucero y hemos leído en la Instrucción que V. A. le ha dado, las largas inquietudes con que se ve agitada su conciencia, y al mismo tiempo ciertas consideraciones que V. A. nos ha hecho presentes: y aunque es difícil responder tan pronto, con todo no hemos querido dejar partir sin un escrito a Mr. Bucero que tenía prisa por restituirse al lado de V. A.

2.—Antes de todo, experimentamos la mayor complacencia y damos gracias a Dios, porque ha librado a V. A. de una enfermedad grave, y le pedimos que se digne fortalecer y conservar a V. A. en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma.

3.—Porque, como está viendo V. A., nuestra pobrecilla y misera Iglesia, pequeña y abandonada, necesita Príncipes regentes que sean virtuosos, como no dudamos



Felipe de Hesse

que le conservará algunos el Señor, por más que tenga que padecer diferentes conflictos.

4.—Expondremos lo que juzgamos digno de consideración acerca de la cuestión que nos ha propuesto Bucero. Bien conoce V. A. por sí mismo la gran diferencia que hay entre dar una ley universal y usar de dispensa en un caso particular por causas graves con

la permisión de Dios, pues la dispensa no puede tener lugar siendo contra la voluntad de Dios.

5.—En la actualidad no podemos aconsejar que se introduzca públicamente, y se sancione como por una ley, el permiso de tener más de una mujer. V. A. conoce muy bien que si se imprimiese algo sobre esta materia, se tomaría por un precepto, de lo cual se originarían una multitud de escándalos y compromisos. Rogamos a V. A. que considere cuán mal mirado sería un hombre que se supiese haber introducido en Alemania semejante ley, que sería un semillero de eternos pleitos y de inquietudes, mal por cierto temible.

6.—La objeción que se puede poner de que lo que es justo delante de Dios se debe permitir absolutamente, se debe entender de esta manera: Si se trata de una cosa mandada y necesaria, la objeción es verdadera; si no está mandada ni es necesaria, hay que considerar otras circunstancias antes de permitirla: y viniendo a la cuestión propuesta, Dios instituyó el matrimonio para que fuese una sociedad solamente de dos personas y no de más, supuesto que la naturaleza no estuviese corrompida, y éste es el sentido de aquella sentencia: *Serán dos en una sola carne*, y esto es lo que se observó al principio.

7.—Lamech fué el primero que se desposó con más de una mujer, y la Escritura menciona este hecho como introducción contra la primera regla.

8.—Sin embargo, entre los infieles se hizo costumbre; y después Abraham y sus descendientes también tomaron muchas mujeres. Después es constante por el Deuteronomio que la ley de Moisés permitió al hombre tener dos mujeres, condescendiendo Dios de algún modo con la fragilidad de la naturaleza. Pero siendo conforme a la creación del hombre y al principio de la sociedad humana, que cada uno se contente con una sola mujer, la ley que así lo establece es laudable, y debe ser recibida en la Iglesia, ni se debe dar una ley contraria, porque Cristo repite (*Matth. XIX*) la sentencia *Erunt duo in carne una*, y recuerda a los hombres cuál debía haber sido el matrimonio, antes de haber degenerado por la fragilidad humana.

9.—Pero en algunos casos cabe dispensa sobre este

punto. Si un hombre que se halla cautivo fuera de su patria toma segunda mujer, para conservar o recobrar su salud, o si alguno tiene una mujer leprosa no hallamos ninguna razón para condenarle si toma otra mujer con consejo de su pastor, siempre que no sea con intención de introducir una nueva ley, sino para ocurrir a su necesidad.

10. — Siendo, pues, dos cosas diferentes introducir una ley nueva y usar de dispensa de alguna ley, suplicamos a V. A. tenga a bien reflexionar lo que sigue.

Primeramente, se debe cuidar ante todas cosas que la pluralidad de mujeres no se introduzca en el mundo en forma de ley, que todos puedan seguir con entera libertad. Luego, dignese considerar V. A. el grandísimo escándalo que se daría, pues los enemigos del Evangelio dirían que nos parecemos a los Anabaptistas, que se casan con muchas mujeres a un tiempo, y que los Evangélicos seguimos la libertad que reina en Turquía de contraer matrimonio con muchas mujeres.

11. — Considere también V. A. que las acciones de los príncipes se divulgan más que las de los particulares.

12. — Que no bien saben las personas privadas lo que hacen los príncipes, cuando se imaginan que pueden hacer lo mismo, según se ve que sucede comúnmente.

13. — Igualmente debe considerar V. A. que en sus Estados hay mucha nobleza altanera, muy opuesta al Evangelio, porque muchos nobles, lo mismo que sucede en otras partes, están disfrutando de unas pingües rentas eclesiásticas: y nosotros no ignoramos las necesidades que dicen los más ilustres de vuestros nobles; y no es difícil conocer cuál sería la disposición de la nobleza y de los demás súbditos hacia V. A., si se introduce públicamente semejante novedad.

14. — Que V. A., por una gracia particular de Dios, goza de muy alta reputación en el imperio y en los países extranjeros; y es razón que tema V. A., no se disminuya la consideración y estimación que goza en todas partes, si saben que V. A. ha tomado otra mujer además de la que tiene. La multitud de escándalos que se aglomeran con este motivo nos hace rogar a V. A. que examine el asunto con toda madurez y detenimiento.

15. — También rogamos encarecidamente y exhortamos a V. A. a que evite la fornicación y el adulterio: y para confesar sinceramente la verdad, hemos tenido por mucho tiempo no poco sentimiento por haber llegado a entender que V. A. estaba dominado de tales impurezas, las cuales pueden atraer sobre V. A. el castigo del cielo, enfermedades y otros peligros.

16. — También rogamos a V. A. no crea que los placeres de la carne fuera del matrimonio son un pecado leve y de poca consideración, como se figura el mundo: porque Dios ha castigado muchas veces la impudicia con la mayor severidad; y el castigo del diluvio se atribuye a los adulterios de los poderosos: que el adulterio de David dió lugar a un severo ejemplo de la vindicta divina: que San Pablo dice muchas veces que nadie se burla impunemente de Dios; y también dice que los adúlteros no entrarán en el reino de los cielos. Porque la obediencia debe acompañar a la fe, para no obrar contra nuestra conciencia (*I Tim., II*). Si nuestro corazón no nos reprende de nada, podemos invocar a Dios con alegría (*Joann III, y Rom. VIII*) si con el espíritu mortificásemos los deseos de la carne, viviremos, pero moriremos si seguimos los impulsos de la carne; esto es, si obramos contra nuestra conciencia.

17. — Hemos citado estos pasajes para que vea V. A. que Dios no se ríe de estos vicios como se ríen algunos atrevidos, y encierran en su corazón sentimientos paganos. Es verdad que hemos sabido con satisfacción que este vicio causa a V. A. mucha pena y aflicción, y que se queja de verse dominado por él. V. A. tiene que entender en negocios en que está interesado todo el universo: V. A. tie-

ne una complexión delicada y nada robusta: duerme poco: por todo lo cual debería V. A. conservar sus fuerzas corporales, como otros muchos se ven obligados a hacerlo.

18. — Se lee del célebre príncipe Scanderberg, el cual se inmortaliza con sus muchas y grandes hazañas contra dos emperadores turcos, Amurates y Mohamed, y que mientras vivió defendió y preservó a la Grecia de su tiranía, que exhortaba frecuentemente a sus soldados a la castidad, diciéndoles que ninguna cosa era tan perjudicial a los hombres valientes como la sensualidad. Además de que, si después de haberse desposado V. A. con otra mujer no quiere dejar su vida licenciosa, inútil sería el proyecto que V. A. se propone. Es necesario que cada uno domine a su cuerpo en las acciones exteriores, y que haga, según la expresión de San Pablo, que sus miembros sean armas de justicia. Sírvase V. A. reflexionar imparcialmente sobre este asunto, teniendo presente el escándalo, los cuidados, trabajos, sinsabores y enfermedades que hemos indicado a V. A.; y acordarse de que Dios ha dado a V. A. de la Princesa su mujer una prole hermosa de uno y otro sexo, de modo que puede estar satisfecho. ¡Cuántos hay que tienen que ejercitar bien la paciencia en el matrimonio por evitar el escándalo! Nosotros no pensamos impeler o inducir a V. A. a tan peligrosa novedad, porque nos censurarían vuestros pueblos y otros; lo que sería para nosotros tanto más sensible, cuanto que de precepto divino nos incumbe arreglar el matrimonio y todas las demás cosas humanas según la institución divina, y conservarlas en este estado en cuanto sea posible, y evitar todo género de escándalo.

19. — La costumbre de este siglo es culpar a los predicadores cuando ocurre alguna cosa digna de reprenderse. El corazón humano es tan inconstante en las condiciones elevadas como en las más bajas; y de aquí se pueden temer muchas cosas.

20. — En cuanto a lo que V. A. asegura, que no le es posible abstenerse de vivir impudicamente, desearíamos que V. A. estuviese en mejor estado delante de Dios, y que viviese con una conciencia segura para el bien de su alma y buen ejemplo de sus súbditos.

21. — Pero, en fin, si V. A. está absolutamente resuelto a desposarse con otra mujer más, nos parece que debe hacerlo secretamente como hemos dicho arriba hablando de la dispensa; es decir, que lo sepan solamente la persona con quien V. A. se despose y otras pocas personas fieles, bajo el sigillo de confesión. No hay que temer en esto contradicciones ni escándalo considerable, porque no es ninguna cosa inusitada que los príncipes mantengan concubinas; y aunque el pueblo no supiese la verdad del hecho, los más ilustrados la sospecharían, y siempre parecería mejor este modo moderado de vivir que el adulterio y las demás acciones impúdicas y brutales. No se debe hacer caso de lo que digan, si se obra con conciencia recta. De este modo y con estas condiciones lo aprobamos, porque el Evangelio no ha revocado ni prohibido lo que estaba permitido por la ley de Moisés, con respecto al matrimonio. No ha mudado el régimen exterior, solamente añade la justicia y la vida eterna; enseña el verdadero modo de obedecer a Dios, y procura reparar la corrupción de la naturaleza.

22. — Aquí tiene, pues, V. A., no solamente la aprobación de todos nosotros, en caso de necesidad, del objeto de sus deseos, sino también las reflexiones que se nos han ocurrido, las cuales suplicamos a V. A. que las pese en su ánimo, como príncipe virtuoso, sabio y cristiano: también pedimos a Dios que guíe y dirija a V. A. para su mayor gloria y para el bien espiritual de V. A.

23. — En cuanto al pensamiento de tratar este asunto con el Emperador, nos parece que este Príncipe reputa el adulterio por uno de los menores pecados; y como su fe es la misma que la del Papa, la de los Cardenales, italianos, españoles y sarracenos es muy de temer que se ría



Felipe Melancton

de la pretensión de V. A., y que para hacer su negocio entretenga a V. A. con buenas palabras, según lo pérfido y falaz que sabemos que es, y extraño enteramente al carácter alemán.

24. — Vuestra Alteza mismo está viendo que no procura ningún alivio a los males de la cristiandad. No hostiliza al Turco, y sólo excita levantamientos en Alemania con el fin de aumentar el poder de la casa de Borgoña. Por lo cual es de desear que ningún príncipe cristiano se asocie a sus desleales manejos. Dios conserve a V. A. Nosotros estamos prontísimos a servirle. Fecho en Vitemberg el miércoles después de la fiesta de San Nicolás, el año de 1539.

Humildes y obedientes servidores de V. A.

*Martín Lutero, Felipe Melancton,
Martín Bucero, Antonio Corvino,
Adam, Juan Leningue, Justo Vint-
ferte, Dionisio Melanther*

NOTA. — Esta consulta de Lutero fué la contestación y el dictamen que dicho hereje pronunció solemnemente a raíz de la instrucción que a fines del año 1539 le dirigió el Príncipe Felipe, landgrave de Hesse, por mediación de Martín Bucero para que éste a su vez le presentara a los «doctores» Lutero y Melancton. En la cual instrucción este príncipe sensual y corrompido solicitaba la autorización para un nuevo casamiento sin dejar de vivir con su primera esposa, y con el solo objeto de poner remedio y fin a su vida desenfrenada y escandalosa de la que confesaba ser esclavo y de la que reconocía no poder apartarse en modo alguno.

Dicha instrucción así como la consulta consiguiente las reproduce Bossuet en el Tomo I de su «Historia de las Variaciones» págs. 266 - 286 de la edición de la Librería Religiosa, 1852.

Contrato de matrimonio

de Felipe, landgrave de Hesse, con Margarita de Saal

En el nombre de Dios. Amén.

Sepan todos y cada uno de los que vean, oigan o lean este documento público, como en el año de 1540 del nacimiento de Cristo, el miércoles día 4 del mes de marzo, dos horas o cerca después del mediodía, el año 13 de la

indicción y el 21 del reinado del poderosísimo e invictísimo emperador Carlos V, nuestro muy clemente señor, comparecieron ante mí el notario y testigo que firma, en el alcázar de Rotemburgo, el serenísimo príncipe y señor Felipe, landgrave, conde de Ziengenhain, y de Nidda, con algunos consejeros de S. A. por una parte; y por otra la honesta y virtuosa doncella Margarita de Saal, con algunos de sus parientes; con la intención y voluntad que declararon públicamente ante mí el notario público y testigo, de unirse en matrimonio: y en seguida el mencionado mi clementísimo señor y príncipe landgrave Felipe hizo que el muy reverendo Dionisio Melander, predicador de S. A., propusiese lo que sigue: Como todas las cosas están patentes a los ojos de Dios y pocas se ocultan a los hombres, y S. A. quiere contraer matrimonio con la referida doncella Margarita, aunque vive todavía la primera mujer de S. A., para que esto no se atribuya a ligereza y curiosidad, para evitar el escándalo, y para que no padezca el honor y la fama de dicha doncella y de su honestísima familia; S. A. declara aquí, delante de Dios, y sobre su alma y su conciencia, que no la toma por mujer, por ligereza o curiosidad ni por ningún desprecio del derecho o de los superiores, sino que se ve precisado a ello por ciertas graves e inevitables necesidades de conciencia y del cuerpo, de modo que le es imposible salvar su vida y su alma, si no añade otra legítima mujer a la que ya tiene. Que S. A. ha manifestado todo esto a muchos predicadores muy doctos devotos, prudentes y cristianos, los cuales le han aconsejado este doble matrimonio para la tranquilidad de su conciencia y el bien de su alma. Que esta misma causa y necesidad ha movido también a la serenísima princesa Cristina, duquesa de Sajonia, primera mujer legítima de S. A., según es grande su prudencia, y la religiosidad que la distingue, a consentir voluntariamente en ello, a fin de hacer un bien al alma y al cuerpo de S. A., su muy caro esposo, y para mayor gloria de Dios, según que así lo declara esta Princesa en un papel firmado de su mano. Y para que nadie se escandalice por esto, a causa de no estar en uso en los tiempos modernos el tener dos mujeres, aunque en el caso presente es un hecho cristiano y lícito; no quiere S. A. celebrar estas bodas públicamente y delante de muchas personas, con la misma Margarita de Saal, ni que se guarden las ceremonias acostumbradas; sino que uno y otro quieren unirse en matrimonio aquí en secreto y en silencio, en presencia de los testigos que firman. Concluido este discurso, los referidos Felipe y Margarita se unieron en matrimonio, reconociéndose y aceptándose por esposo y esposa, y prometiéndose una fidelidad recíproca en el nombre de Dios. Y el mismo Príncipe y señor me requirió a mí el infrascrito notario, para que extendiese una o muchas copias de este contrato, y también bajo la palabra y fe de Príncipe me ha prometido a mí, como persona pública, guardar todo lo dicho siempre, firme e inviolablemente, hallándose presentes los reverendos y muy doctos señores Felipe Melancton, Martín Bucero, Dionisio Melander, y también los ilustres y valientes Eberarado de Than, consejero de S. A. E. de Sajonia, Hermano de Malsberg, Hermano de Hundelshausen, el señor Juan Fegg de la cancelería, Rodolfo Schench, y la honesta y virtuosa señora Ana de la casa de Miltiz, viuda del difunto Juan de Saal, y madre de la esposa, todos en cualidad de testigos buscados para la validación de este acto.

Y yo, Baltasar Rand de Fulda, notario público imperial, que asistí a este discurso, a la instrucción, a los esponsales y a la celebración de este matrimonio, juntamente con los testigos arriba nombrados, y oí y vi todas estas cosas, como notario público requerido para el efecto, escribí y firmé con mi propia mano el presente instrumento, poniéndole el sello acostumbrado, para que sirva de fe y testimonio.

BALTASAR RAND

El Catolicismo es el único Cristianismo

Por Jaime BALMES

Al ventilar esta importante materia (de la dignidad de la mujer) he distinguido de propósito entre el cristianismo y el Catolicismo, para evitar la confusión de palabras, que nos habría llevado a la confusión de las cosas. En la realidad, el verdadero, el único cristianismo es el Catolicismo, pero hay ahora la triste necesidad de no poder emplear indistintamente estas palabras, y esto no sólo a causa de los protestantes, sino por razón de esa monstruosa nomenclatura filosófico-cristiana que no se olvida jamás de mezclar el cristianismo entre las sectas filosóficas, ni más ni menos que si esa religión divina no fuera otra cosa que un sistema imaginado por el pensamiento del hombre. Como el principio de la caridad descuelle en todas partes donde se encuentra la religión de Jesucristo, y se hace visible hasta a los ojos de los incrédulos, aquellos filósofos que han querido permanecer en la incredulidad sin incurrir, empero, en la nota de volterianos, se han apoderado de las palabras de fraternidad y de humanidad para hacerla servir de tema a su enseñanza, atribuyendo principalmente al cristianismo el origen de esas ideas sublimes y de los generosos sentimientos que de ellas emanan. Así aparentan que no rompen con toda la historia de lo pasado, como lo hiciera allá en sus sueños la filosofía del siglo anterior, sino que pretenden acomodarlo a lo presente y preparar el camino a más grande y dichoso porvenir.

El Cristianismo no es una teoría filosófica

Pero no creáis que el cristianismo de esos filósofos sea una religión divina: nada de eso; es una idea feliz, grandiosa, fecunda en grandes resultados, pero no es más que una idea puramente humana. Es un producto de largos y penosos trabajos de la humanidad. El politeísmo, el judaísmo, la filosofía de Oriente, la de Egipto, de Grecia, todo era una especie de trabajo preparatorio para la grande obra. Jesucristo, según ellos, no hizo más que formular ese pensamiento que en embrión se removía y se agitaba en el seno de la humanidad: El fijó la idea, la desenvolvió, y, haciéndola bajar al terreno de la práctica hizo dar al linaje humano un paso de inmensa importancia en el camino de la perfección a que se dirige. Pero, en todo caso, Jesucristo no es más, a los ojos de esos filósofos, que un filósofo en Judea, como un Sócrates en Grecia o un Séneca en Roma y no es poca fortuna si le conceden todavía esa existencia de hombre, y no les place transformarle en un ser mitológico, convirtiendo la narración del Evangelio en una pura alegoría.

Al mundo no lo regeneró la filosofía, sino la religión

Así, es de la mayor importancia en la época actual el distinguir entre el cristianismo y el Catolicismo, siempre que se trata de poner en claro y de presentar a la grati-

tud de los pueblos los inefables beneficios de que son deudores a la religión cristiana. Conviene demostrar que lo que ha regenerado al mundo no ha sido una idea lanzada como al acaso en medio de tantas otras que se disputaban la preferencia y el predominio, sino un conjunto de verdades y de preceptos bajados del cielo, transmitidos al género humano por un Hombre-Dios, por medio de una sociedad formada y autorizada por El mismo, para continuar hasta la consumación de los siglos la obra que El estableció con su palabra, sancionó con sus milagros y selló con su sangre. Conviene, por tanto, mostrar esa sociedad, que es la Iglesia católica, realizando en sus leyes y en sus instituciones las inspiraciones y la enseñanza del divino Maestro y cumpliendo al mismo tiempo el alto destino de guiar a los hombres hacia la felicidad eterna y el de mejorar su condición y consolar y disminuir sus males en esta tierra de infortunio. De esta suerte se concreta, por decirlo así, el cristianismo, o mejor diremos se le muestra tal cual es, no cual lo finge el vano pensamiento del hombre.

Y cuenta que no debemos temer jamás por la suerte de la verdad a causa de un examen detallado y profundo de los hechos históricos, que si en el vasto campo a que nos conducen semejantes investigaciones encontramos de vez en cuando la obscuridad, andando largos trechos por caminos abovedados, donde no penetran los rayos del sol, donde sonoro el terreno que pisamos amenaza con abismos a nuestra planta, marchemos todavía con más aliento y brío; a la vuelta de la sinuosidad más medrosa descubriremos en lontananza la luz que alumbra la extremidad del camino y la verdad sentada a sus umbrales, sonriéndose apaciblemente de nuestros temores y sobresaltos.

El espíritu del Cristianismo sólo lo ha realizado la Iglesia Católica

Entretanto es necesario decirlo a esos filósofos, como a los protestantes, el cristianismo, sin estar realizado en una sociedad visible que esté en continuo contacto con los hombres y autorizada, además, para enseñarlos y dirigirlos, no sería más que una teoría semejante a tantas otras como se ha visto y se ven sobre la tierra; y, por consiguiente, fuera también, si no del todo estéril, a lo menos impotente para levantar ninguna de esas obras que atraviesan intactas el curso de los siglos. Y es una de éstas, sin duda, el matrimonio cristiano, la organización de la familia, que ha sido su inmediata consecuencia. En vano se hubieran difundido ideas favorables a la dignidad de la mujer, y encaminadas a la mejora de su condición, si la santidad del matrimonio no se hubiese hallado escudada por un poder generalmente reconocido y acatado. Las pasiones que, a pesar de encontrarse con este poder, forcejeaban, no obstante, por abrirse camino, ¿qué hubieran hecho en el caso de no hallar otro obstáculo que una teoría filosófica o de una idea religiosa no realizada en ninguna sociedad que exigiese sumisión y obediencia?

Burlarse de lo pasado, gozar de lo presente y alucinar a todo el mundo con la esperanza de un bello porvenir: he aquí la forma más cabal que se encontrará jamás para evitarse disgustos y salir airoso de todo linaje de compromisos.

BALMES - Cartas a un escéptico, pág. 77

MI CONVERSION

Reproducimos un fragmento de un texto publicado bajo el título de «Mi conversión» en la revista belga *CONSTRUIRE* correspondiente al mes de octubre de 1948 (número 8) y cuyo anónimo autor escribe en bellas páginas el proceso de su conversión al catolicismo, llegado a su punto culminante con la lectura del «Protestantismo comparado con el catolicismo» de nuestro Balmes. Testimonios extranjeros de mayor excepción, procedentes del campo protestante, proclaman la altura de esta obra singular que tanto fruto cosecha en los espíritus inquietos sedientos de verdad y de luz. Ninguna voz más autorizada que la de estos hombres sinceros que han vivido en las tinieblas del error para establecer y marcar la distancia entre una secta herética que quiere ostentar títulos de civilización y la Religión verdadera que alumbró los siglos mejores de nuestra historia y que se ofrece hoy a la humanidad toda como signo supremo de salvación y de esperanza

Hubo un tiempo en el que, contrapesando la masa de verdades que del lado del catolicismo me atraían, precisamente cuando se estaban eclipsando en mi espíritu, permanecí en el protestantismo, haciendo equilibrios sobre su borde. Pero el cielo, como si estuviera cansado de esperar, al punto me envió a Jaime Balmes (1). Si he de decir verdad, el socorro excedía al peligro, y un menor atleta hubiera sido suficiente. Ni siquiera hubo combate; apenas atacado el protestantismo fué derrotado. Decididamente, aun cuando así lo hubiera deseado, no podía yo permanecer por más tiempo fiel a una doctrina que por poco que se la examine, no ofrece más que contradicciones y absurdos; doctrina, además, fraccionada hasta lo infinito, y que no tiene unidad más que por lo que niega, reduciéndose así a una pura negación. Y ni la solución tenía yo siquiera de recusar el gran testimonio que la echaba por tierra. Multitud de recuerdos me llevaban a asentar con él; eran cien reflexiones hechas y olvidadas al punto, sin un principio al cual referirlas, cien detalles aparentemente insignificantes y como tales olvidados, que ahora me venían a la memoria, y, corroborando la de-

(1) «El Protestantismo comparado con el Catolicismo».

mostración del escritor español, llevaban a mi espíritu la convicción en el supremo grado en que se transforma en luz pura. Luz, luz, ésta es la palabra que me salía a cada momento mientras leía este libro. No sólo disipaba las sombras que todavía cubrían la verdadera faz del protestantismo a mis ojos, sino que aclaraba una infinidad de otros objetos; abría en cierto modo la jaula de mi entendimiento en un día radiante, cuya luz penetraba en él a raudales. ¡La verdad, la verdad, objeto de tantos suspiros, de tantos votos, de una búsqueda tan penosa y larga; la verdad, ese supremo bien, del cual dependen todos los otros; la verdad sin la cual yo ya no podía pensar más, ya no podía luchar más, ya no podía vivir más; sí, era ella; la conocía! ¡Oh, alegría; oh, embriaguez del espíritu; oh, plenitud que por momentos me obligaba a interrumpir la lectura, y, con la cabeza entre las manos, dar un respiro a mi entendimiento! No os podéis imaginar, vosotros que siempre habéis sido católicos, qué es la verdad para aquellos que han vivido privados de ella; por muy privilegiados que seáis, hay una manera de felicidad que no conoceréis nunca. ¡Felices tinieblas! ¡Tentado estoy de prorrumpir con San Agustín: *Felix culpa!*

REALIDADES HISTÓRICAS

Hay en España un partido numeroso que en diferentes circunstancias ha dado pruebas de lo mucho que vale: sus principios sociales son los únicos que, aplicados con discreción y oportunidad, pueden cerrar el cráter de las revoluciones y restablecer la tranquilidad y sosiego de que tanto necesita esta nación desventurada. Arrojado en gran parte por sus convicciones, por la imprudencia de sus enemigos y la fuerza de las circunstancias, a las filas contrarias al trono de Isabel, sostuvo por espacio de siete años una guerra sangrienta, imposible de terminar con las armas, y a la que se puso fin por medios de nadie ignorados. Viendo perdida su causa por la astucia de los unos y la defección de los otros, o se resignó a la emigración, o se entregó de nuevo a las ocupaciones domésticas, no queriendo continuar un derramamiento de sangre que por el momento veía estéril para el logro del objeto deseado. Los inmensos recursos con que contara este partido, sus ramificaciones vastas y profundas, el apoyo decidido que encontraba en todas partes, bien lo manifiesta el haber sostenido la lucha durante siete años, el haber llegado a equilibrar sus fuerzas con las del gobierno, a pesar de haber tenido que vencer las dificultades que siempre presenta un levantamiento contra un poder establecido; bien lo manifiesta el carácter de los acontecimientos de la guerra, el sistema de las operaciones y maniobras a que estaban respectivamente sometidos los ejércitos de Don Carlos y los de Isabel; la facilidad con que una expedi-

ción carlista atravesaba toda la España, y con que los cuerpos ejecutaban sus movimientos en las provincias de su residencia habitual, el que ellos podían marchar y maniobrar en todas las unidades, el ejército entero, las divisiones, los batallones, las compañías, hasta los individuos, mientras las tropas de la reina no podían dar un paso sino en grandes cuerpos, con abundantes convoyes, con muchos puntos fortificados que les sirviesen de apoyo, y aun así no podían evitar frecuentes descalabros, debidos no pocas veces a la falta de noticias en que estaban con respecto a la situación y marchas del enemigo, a causa del aislamiento en que el país dejaba a las tropas, mientras favorecía por todos los medios posibles a los defensores de Don Carlos. Esta es una verdad reconocida por cuantos tomaron parte en la guerra o pudieron verla de cerca, o siguieron con mediana observación el curso de los acontecimientos; una verdad que lamentaron todos los generales de la reina, todos los jefes de operaciones, un hecho contra el cual estaban tomando continuas medidas, todas con ninguno o escaso resultado. ¿Y qué revela este hecho? Revela el hondo arraigo que tienen en las entrañas del país los principios defendidos por este partido.

Jaime Balmes

(Escritos Políticos, tomo IV, págs. 191-193. Artículo titulado *¿Cómo estamos?*)

Atentados sacrílegos en Tierra Santa

«Los que abandonaron al Señor serán consumidos»

Palestina constituye hoy un ejemplo claro y aleccionador —con toda la tragedia sangrienta que se desarrolla sobre su sagrado suelo— de lo que pueden dar de sí las instituciones humanas, creadas con la finalidad teórica de procurar y garantizar la paz entre las naciones, cuando en su constitución y funcionamiento se prescinde de Dios o se niega, abierta o solapadamente, su soberanía suprema o su consoladora providencia. La inmensa tragedia que inunda de miserias y ruinas la Tierra Santa, es el índice que resume en toda su crudeza el estado actual de una sociedad orgullosa de sus adelantos científicos y de sus progresos técnicos, pero a la cual —en frase de Pío XII— «se le puede, quizá, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: Dices: rico soy y opulento, y de nada necesito; y no sabes que eres misero y miserable y pobre y ciego y desnudo» (1).

Con profunda tristeza cabría repetir en nuestra época la palabras del profeta Jeremías: «Esperamos la paz, y este bien no vino» (2); pero también cabría actualizar la terrible sentencia: «Los que abandonaron al Señor serán consumidos» (3). Tal vez contemplada a la luz de este inexorable principio, sería más inteligible la gama extraña de acusaciones y complacencias, cuyas íntimas y desoladoras consecuencias habrán de recaer —si Dios no lo remedia— sobre un mundo que en nutridas huestes se ha apartado de la senda de la verdad y del bien.

Si no bastara a los ojos de los poderosos la ineficacia notoria de sus vacuas declaraciones y de sus vanos proyectos, no ya para crear una estructuración digna de la sociedad universal de los pueblos, sino incluso para establecer un programa mínimo de convivencia pacífica entre los hombres, el fulgor siniestro que se levanta cual fatídico anuncio en el Próximo Oriente, habría de ser suficiente para hacerles comprender la fatuidad de sus propósitos y la imposibilidad de realizar una labor verdaderamente eficaz, empeñando únicamente las débiles y limitadas fuerzas humanas. Y no obstante, el juego trágico va siguiendo su curso, sin que sus protagonistas se arredren ante el cúmulo de males que amenazan descargar sobre la humanidad. ¿Por qué?

«Narra el sagrado Evangelio —explica el Romano Pontífice— que, cuando Jesús fué crucificado, las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra: símbolo espantoso de lo que sucede, y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo, ha sucumbido también la fe en Dios» (4). El naturalismo y su concreción política en el sistema liberal es el fermento nocivo que inficiona las células vitales de los pueblos, y cuya presencia en el seno de la sociedad no solamente imposibilita su regeneración, antes la empuja por la pendiente fácil en cuyo extremo final se abre el abismo del oprobio y de la muerte. Bajo esa bandera de perdición vive y se agita una auténtica conjura, tramada por fuerzas diver-

sas, que convergen en la aspiración final de destruir —si ello fuera posible— el reino de Dios en la tierra.

¡Se comprende así perfectamente que el juego fatídico vaya desarrollándose, ora en silencio, ora en sacudidas inquietantes!

Persecución contra la Iglesia

¿Acaso no cabe presumir que en todo este conflicto artificialmente creado en Palestina, entran en juego intereses y objetivos que por su misma naturaleza sirven ad-



BEN GURION

Presidente del «gobierno» judío de Tel Aviv

mirablemene los designios de quienes procuran profundizar y extender el caos en que se debate la sociedad?

Para vislumbrar la existencia de tales objetivos, basta echar una mirada sobre algunos sucesos significativos que pueden proporcionarnos datos suficientes para aclarar el misterio de los acontecimientos que se suceden en la tierra santificada por la presencia de Nuestro Señor Jesucristo.

Veamos algunos de los sacrílegos actos realizados por los judíos, y que han sido denunciados por el Patriarcado Latino de Jerusalén en un informe dirigido a la Secretaría de Estado de la Santa Sede:

Monasterio de San Pedro en Tiberíades. Antes del 15 de mayo sus puertas fueron rotas para abrirlas en repetidas ocasiones; la bandera papal fué arriada y desgarrada.

(1) Pío XII. Enc. *Summi Pontificatus*.

(2) Jer. VIII, 15.

(3) Ia. I, 28.

(4) Pío XII. Enc. cit.

Hospicio de la «Casa Nova» de Tibertades. Los soldados de la Haganah se apoderaron de los bienes de la institución; las celdas fueron registradas y robaron un cáliz y otros objetos sagrados.

Convento de las HH. Misioneras Franciscanas de Tibertades. Los judíos profanaron la Capilla, derribaron el altar y las estatuas de la Santísima Virgen, de San Francisco y de San Antonio fueron hechas pedazos; las celdas han sido saqueadas.

Santuario de las Bienaventuranzas de Cafarnaúm. Los frailes fueron forzados por los judíos a evacuarlo, aunque más tarde se les permitió volver. Han sido colocadas guardias en la cúpula de la iglesia. La imagen de N. S. Jesucristo fué arrancada de la cruz y robada.

Capilla de la Multiplicación de los Panes, Hospicio y Granja de Tabha, cerca del mar de Galilea. La capilla ha sido profanada, un cáliz robado y las cruces e imágenes destruidos. Toda la cosecha, víveres y maquinaria, robados.

Hospital de los HH. de San Carlos; Convento Carmelita; Club Católico de San José, Jardín de Niños; todos en Haifa. Ocupados por las fuerzas de la Haganah.

Orfanato salesiano de Nazaret. Asaltado por los israelitas.

Monasterio de Caná. Los judíos penetraron violentamente en el convento de religiosas, destrozando todo cuanto encontraron a mano; las hermanas fueron atropelladas.

Basilica de la Transfiguración del Monte Tabor. Las tropas judías han internado a los padres franciscanos, a los que se les ha prohibido acudir a la capilla.

Convento y escuela de Muediel. Dañados por las bombas de las fuerzas judías, que registraron y ocuparon todas las dependencias. Obligaron a las religiosas a ponerse manos arriba bajo la amenaza de los fusiles. Más tarde las encerraron en un cuarto obligándolas a servir el té a los judíos hasta la media noche. La residencia fué saqueada; un copón de oro fué robado (5).

Otros muchos desafueros —entre ellos los ataques contra los Santos Lugares— han sido cometidos en Palestina

(5) Los presentes datos están tomados del periódico *La Nación*, de Méjico, y del servicio informativo de *Noticias Católicas*.

por los invasores judíos, bajo el pretexto, algunas veces, de conveniencias y necesidades creadas por la guerra. Existe allí, por consiguiente, una auténtica persecución anticristiana, que también se perfila en varias disposiciones de tipo administrativo dictadas por los dirigentes israelitas.

El Patriarca Latino termina su informe con las siguientes palabras: «Nos atrevemos a decir ahora que parece que estos elementos irresponsables, si acaso son irresponsables, parecen nombrados exprofeso para estos fines.»

¿Quiénes refrendan la actuación de tales elementos? ¿Qué es lo que impide a las Naciones Unidas —responsables de la división del país— actuar decididamente contra tamaños sacrilegios?

¿Es aventurado suponer que lo que viene ocurriendo en Palestina forma parte del programa general antirreligioso trazado por las fuerzas del mal?

«La hora de la prueba es la hora de la fidelidad»

A pesar de los sinsabores y amarguras de la época presente, vibra en nuestro corazón una esperanza fundada en sólidos motivos sobrenaturales. Magistralmente la describe el Papa felizmente reinante, en su mencionada Encíclica: «En medio de este mundo, en tan extraño contraste con la paz de Cristo en el reino de Cristo, la Iglesia y sus fieles atraviesan tiempos y años de pruebas, cuales rara vez conoció en su historia de luchas y sufrimientos. Pero precisamente en tales tiempos, quien permanece firme en la fe y tiene robusto el corazón, sabe que Cristo Rey, en la hora de la prueba, que es la hora de la fidelidad, está más que nunca cerca de nosotros. Con el corazón destrozado por los sufrimientos y padecimientos de tantos hijos suyos, pero con el valor y la firmeza que provienen de las promesas del Señor, la Esposa de Cristo avanza hacia las amenazadoras tempestades. Y sabe que la verdad que ella anuncia, el amor que enseña y pone en práctica, serán los consejeros y cooperadores insustituibles de los hombres de buena voluntad en la reconstrucción de un nuevo mundo según la justicia y el amor, una vez que la humanidad, cansada de correr por las vías del error, habrá saboreado los amargos frutos del odio y de la violencia.»

J. C.

El mal existe, es cierto; pero la Providencia existe también, no es menos cierto; en apariencia son dos cosas que no pueden existir juntas; pero supuesto que tú sabes ciertamente que existen, esta apariencia de contradicción no te basta para negar esa existencia; lo que debes hacer, pues, es buscar el modo con que pueda desaparecer esta contradicción, y en caso de que no te sea posible, considerar que esta imposibilidad nace de la debilidad de tus alcances.

BALMES - Cartas a un escéptico, pág. 35-36

«Que las grandes verdades de la religión ahonden cada vez más en el alma del pueblo español»

DISCURSO DEL PAPA AL NUEVO EMBAJADOR ESPAÑOL

El día 12 de diciembre, el nuevo embajador de España cerca de la Santa Sede, señor Ruíz Giménez, presentó sus cartas credenciales al Romano Pontífice. A las palabras pronunciadas por el embajador, Su Santidad el Papa contestó con el discurso que reproducimos íntegramente a continuación, según el texto publicado por «Ecclesia».

Señor embajador:

No habría sido necesaria, si no se hubiese tratado de una oportunísima referencia personal, la discreta presentación que de sí mismo acaba de hacernos vuestra excelencia, pues de nuestra memoria no se había borrado el recuerdo de su inteligente actividad al frente de la organización internacional de la intelectualidad católica, actividad de la que su promoción al alto cargo, que en este momento comienza a ejercitar, podría considerarse premio y corona.

Por eso, al acogerle como sucesor de un experto y prudente diplomático, que tan grato recuerdo nos deja, y al recibir las cartas credenciales, que le acreditan como representante del Jefe del Estado español, nos congratulamos de modo especial, puesto que ya conocemos los altísimos ideales, que han sido guía y norte de la múltiple actividad organizativa, directiva y docente que ha llenado la vida, todavía no demasiado larga, de vuestra excelencia.

De tan excelsos ideales, señor embajador, uno nos parece que los resume todos: llevar al mundo intelectual los beneficios de la verdad católica, para que luego él, haciendo de esta verdad el núcleo de su inspiración, el principio de su fecundidad y el centro de su unidad, pueda comunicarlos —desde lo alto de la cátedra o de la tribuna, desde las páginas del libro, de la revista o del periódico— a la Humanidad sedienta, a fin de que ella pueda encontrar en aquella doctrina salvadora la fuente inagotable de la verdad, el principio de todo auténtico progreso y la plataforma de toda armonía estable y duradera.

Vuestra excelencia, cual experto conocedor del ambiente en que vive, sabe que no faltan hoy tampoco espíritus rectos, que buscan con sinceridad luz para sí, fraternidad para los que conviven dentro de unas fronteras y, para las relaciones entre los pueblos, el acuerdo y la paz. Pero también acaso habrá lamentado más de una vez que estos esfuerzos se pierdan tras el espejismo de verdades aparentes, bajo los apriorísticos dogmatismos de falsas concepciones o entre las intrincadas marañas de las concupiscencias o de las exigencias del momento, que solamente parecen tener en cuenta la convivencia propia o la pronta salida del compromiso actual. Se diría que para ellos no existen las grandes normas, los eternos principios y que por eso mismo sus conatos están condenados a la esterilidad.

Así comprenderá mejor, señor embajador, con cuánta satisfacción les hemos oído aludir a una juventud española y a un pueblo español, que quieren tener siempre ante los ojos la verdad católica, penetrando la vida pública y social de todos y cada uno, informando las decisiones de sus más altos Consejos y animando las manifestaciones todas de una nación, que se precia de ser y de aparecer fiel hija de la Iglesia y de esta Sede Apostólica. Pero Nos,

si vuestra excelencia lo consiente, añadiríamos que debía ser así, porque a esta verdad, como justamente se ha observado, le debe esa nación la trabazón misma de su temprana nacionalidad, la inspiración de sus grandes artistas, las elucubraciones de sus profundos pensadores, los vuelos altísimos de sus místicos incomparables y hasta una buena parte de aquel impulso, que lo llevó a romper con los límites de lo conocido para poder llevar aquella doctrina y aquella salvación a un mundo nuevo, que vuestra excelencia acaba de recorrer y donde habrá podido constatar que la más preciosa herencia que la madre Patria ha legado a sus hijas es la incondicional fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Ojalá, señor embajador, que las grandes verdades de nuestra sacrosanta religión ahonden cada vez más en el alma del pueblo español, contribuyendo a la constante elevación moral y material de sus clases más humildes, como es nuestra perenne preocupación; manteniendo en la vida familiar la preciosa herencia de las viejas tradiciones; cerrando el paso a la codicia de las riquezas —tentación fácil en los tiempos difíciles—; extinguiendo los odios y llevando en todo a plena madurez su pujante primavera espiritual. Así la Iglesia, sirviéndose también del generoso apoyo que entre vosotros reciben sus obras, libre de preocupaciones y de trabas, hará patente una vez más la eficacia de su doctrina al servicio de la felicidad terrena y ultraterrena, de la prosperidad y de la paz.

Sea, pues, bienvenido, excelentísimo señor, y esté seguro de que sus anhelos de intensificar las relaciones entre su Patria y esta Sede Apostólica, hallarán en Nos la más fervorosa correspondencia. Y para esta labor, lo mismo que para el esfuerzo común en favor de la pacificación del mundo y para cuanto pueda referirse al mejor desempeño de su misión, puede estar cierto de hallar continuamente en Nos la más benévola acogida.

Señor embajador: entre tantas amarguras como quieren asaltar continuamente nuestro espíritu, es uno de nuestros mayores consuelos el sabernos en todo momento rodeados y asistidos por el amor y por las oraciones de nuestros amadísimos hijos de todo el mundo. Entre ellos sabemos muy bien que el nobilísimo pueblo español se cuenta entre los primeros. ¿Cómo, pues, no habríamos de bendecirle afectuosamente a él, al Jefe del Estado con el Gobierno, a vuestra excelencia y a su distinguida familia?

Que el Dios de misericordia y de verdad proteja siempre a la nación española, tierra fecunda de santos, que por encima de todos los peligros y valiéndose del celo heroico de sus mejores hijos la conserve siempre fiel a su encumbrada vocación cristiana; y que también en este mundo le conceda aquella estima, a que los muchos servicios por ella prestados a la causa de la religión y de la civilización, le hacen acreedora.

Si no existen las influencias morales, será menester suplirlas con la acción física; que si quitáis a los pueblos el suave freno de la religión, no dejáis otros medios de gobierno que la vigilancia de la policía y la fuerza de las bayonetas.

BALMES - Escritos Políticos, Tomo VIII, pág. 233

DESPUES DE LAS ELECCIONES ESTADOUNIDENSES

El secreto del señor Truman

II

Aspectos del anticatolicismo en Norteamérica

La misión del señor Taylor en el Vaticano

Muchas voces se han levantado en nuestros días para denunciar el movimiento anticatólico que se está incubando en los Estados Unidos. Principalmente desde la última gran guerra, se han producido en aquel país brotes sectarios que indican la existencia de auténtica conspiración contra la verdadera Iglesia y que se dirigen de un modo especial a combatir la educación cristiana de los niños y de la juventud.

Ricardo Pattee, cuyo testimonio no puede en verdad levantar sospechas, escribía a este respecto, hace algún tiempo lo siguiente: «Hay un nuevo anticatolicismo que está en plena formación en nuestros días y que tiene por origen la cuestión política. El moderno anticatolicismo en los Estados Unidos ha incorporado muchos elementos, que son a su vez el producto del confucionismo y del apasionamiento de nuestra época.» Y añadía este dato específico: «Hace unas semanas, unos 150 pastores de la secta baptista firmaron una manifestación, dirigida al Presidente Truman, en que reclamaban la suspensión de las relaciones actualmente existentes entre la Santa Sede y los Estados Unidos como una violación de la separación de la Iglesia y el Estado. Como el Presidente es baptista, no deja de tener cierta importancia que el clero de su propia secta le presione para que ponga término a las relaciones vigentes entre las dos autoridades» (4).

Para comprender el carácter extremadamente sectario de la gestión de los baptistas cerca de su hermano de grupo, consignaremos unos breves datos que al mismo tiempo servirán para aclarar el sentido de la posición del difunto señor Roosevelt en relación con el Vaticano, y por ende la que mantiene, siguiendo idéntico criterio, su sucesor, el actual Presidente señor Truman.

No existen verdaderamente las pretendidas relaciones de los Estados Unidos con la Santa Sede, a que se referían los baptistas. El papel del señor Taylor en el Vaticano ha sido sencillamente, desde el primer día, el que compete a un representante «personal» del Presidente de los Estados Unidos, sea éste el señor Roosevelt o el señor Truman, sin otra finalidad que la de mantener un contacto directo con la Iglesia Católica al igual que la que se ha mantenido con los jefes de varias sectas. Es muy aleccionador a este propósito lo que nos cuenta el señor Taylor, acerca de los antecedentes de su misión:

«El Presidente —se refiere al señor Roosevelt— se había convencido de que era esencialísima una asociación más íntima en todas las partes del mundo libre, entre los que en el gobierno y en la religión compartían ideales comunes, para que su pensamiento y acción pudieran realizarse conjuntamente con el fin de prestar ayuda en los vastos problemas de la paz y del sufrimiento humano que acababan de surgir. De acuerdo con ello, el 23 de diciembre de 1939 —anótese, decimos nosotros, la fecha—, en mensajes enviados a los dirigentes de la fe católica, protestante y judía, propuso que aquellas fuerzas políticas y

religiosas emprendieran la tarea de fortalecer, mediante discusiones directas, sus respectivos esfuerzos en pro de la paz y el alivio del humano sufrir.»

Es decir, el señor Roosevelt no pretendía establecer contacto directo con el Vaticano para tratar de los problemas planteados por la guerra y por los que se derivarían de la estructuración de la paz futura, al objeto de buscar orientaciones positivas y sugerencias fundamentales para un nuevo orden más justo y equitativo entre las naciones; el señor Roosevelt tenía mayores pretensiones: trataba de representar el papel de intermediario calificado entre los dirigentes «de la fe católica, protestante y judía», los cuales se convertirían, además —en el deseo del señor Roosevelt—, en asesores o colaboradores del pensamiento directriz del Presidente norteamericano.

Esta verdad queda precisada en la explicación que continúa haciendo el señor Taylor de la trama urdida por el señor Roosevelt: «En estas cartas —explica el señor Taylor—, dirigidas a Su Santidad el Papa Pío XII, al Presidente del Consejo Federal de las Iglesias de Cristo en América, Dr. George A. Buttrick, y al Presidente del Seminario Teológico Judío de América, Rabino Cyrus Adler, expresó el Presidente su profunda confianza de «que todas las iglesias del mundo que creían en un Dios común pondrían todo el peso de su gran influencia en esta elevada causa». Con vistas a la acción conjunta —continúa diciendo el señor Taylor— para el restablecimiento de la paz cuando este día llegase, y con el fin de mitigar los sufrimientos durante la guerra, invitó a los dirigentes de la fe protestante y judía, residentes en los Estados Unidos, a que se trasladaran a Washington de vez en cuando para discutir los problemas personalmente con él. A Su Santidad, que residía en Roma, y con el cual los intercambios personales sobre dichos puntos de vista eran posibles únicamente a través de la correspondencia y mediante un intermediario de confianza, le sugirió el envío de un representante personal que actuara como canal de comunicación e instrumento de similar discusión» (5).

¿Está claro el sentido y alcance de la misión del señor Taylor?

El señor Truman aclara la finalidad de la misión del señor Taylor

El pensamiento íntimo del señor Roosevelt en lo relativo a sus relaciones con la Santa Sede, queda perfectamente aclarado y aun ratificado, si cabe, en la carta enviada por el nuevo Presidente de los Estados Unidos, señor Truman, a Su Santidad el Romano Pontífice, el 6 de agosto de 1947. En dicha carta, cuyo texto íntegro —así como la contestación del Papa— pueden leerlo nuestros lectores en CRISTIANIDAD (6), el señor Truman insistía en el verdadero objetivo del señor Taylor en el papel de re-

(4) Ricardo Pattee, «Una nueva nota de anticatolicismo en los Estados Unidos», *Ecclesia*, 1 de noviembre de 1947.

(5) «Pío XII y Roosevelt». Introducción por Myron C. Taylor.

(6) *La misión del señor Taylor en Europa*, por José-Oriol Cuffi Canadell. CRISTIANIDAD, núm. 87, pág. 480.

A LA LUZ DEL VATICANO

presentante personal suyo en el Vaticano, al manifestar explícitamente «el propósito de asegurar actuaciones paralelas en beneficio de la paz y el alivio de los sufrimientos humanos».

Una vez más —no lo olviden quienes puedan sentir una especial atracción a ponderar las excelencias del sistema liberal, o abrigan al menos cierta nostalgia por sus procedimientos—, el señor Truman se permitía subrayar que no acudía al Vaticano en busca de soluciones o consejos, que, por otra parte, únicamente puede proporcionar la única Iglesia de Cristo, sino tan sólo para mantener «contactos» encaminados a asegurar «actuaciones paralelas». Quizá el señor Truman exagerase algo ese pretendido paralelismo, pero no vamos a descender a calibrar ciertas expresiones que, posiblemente, tengan una relativa importancia dentro del tono global de la misiva. El hecho principal, para lo que aquí nos interesa, es que el Presidente de los Estados Unidos se acercase a la Santa Sede en un pretendido terreno de igualdad, con la agravante de situar además, al Pontífice Máximo de la Iglesia al mismo nivel «de todos los Jefes de las fuerzas morales del mundo», según especificaba el propio señor Truman al final de su referida carta.

Quedaba así, con estas palabras, precisado el alcance de la misión del señor Taylor como enviado especial del Presidente de la República de Norteamérica.

Al parecer, por la explicación que nos brinda el señor Taylor, y que hemos reproducido anteriormente, el señor Roosevelt había nombrado a dicho señor para que lo representase únicamente ante el Romano Pontífice, por cuanto los dirigentes del judaísmo y del protestantismo eran invitados a acudir a Wáshington a entrevistarse directamente con el Presidente. Pero el señor Truman, deseoso sin duda de evitar suspicacias entre los correligionarios de su secta y otros afines, extendió las actividades de su delegado, acreditándole igualmente cerca de algunos influyentes personajes de diversos grupos protestantes. El comunicado de la Presidencia de los Estados Unidos de 3 de octubre de 1947, sobre este particular, es altamente explícito y terminante. El señor Taylor, leemos en dicho comunicado, «además de entrevistarse con el Sumo Pontífice confirió con el arzobispo de Canterbury y con el doctor Otto Dibelios, obispo luterano de Berlín, así como con otras dignidades eclesiásticas», y agregaba para no dejar lugar a dudas: «Taylor continuará sus entrevistas de cuando en cuando con la esperanza de lograr apoyo de todos los dirigentes religiosos del Mundo en el esfuerzo por la paz permanente» (7).

Tal vez nos hayamos extendido demasiado al referirnos a esta cuestión; pero para nuestro objetivo, era preciso aclarar algo más el debatido punto de la misión del señor Taylor, a fin de poder calibrar con mayor conocimiento de causa el profundo sentimiento anticatólico que respiran las pasiones de los protestantes, encaminadas a lograr que el Presidente norteamericano suspenda toda clase de relaciones personales con el Pastor Supremo de la Cristiandad.

¿Quién no vislumbra la honda intención que anima a ciertos corifeos del protestantismo en sus campañas? Aseguran los sectarios de Norteamérica, que el hecho de que el Presidente de la Unión mantenga relaciones particulares, por sí mismo o a través de un enviado, con el Romano Pontífice, vulnera la tesis de la separación de la Iglesia y del Estado, y es contrario al espíritu liberal de la Constitución de la República; en cambio, nada tiene que objetar —por lo que puede desprenderse de la campaña propagandística a que se han entregado con ese pretexto— a las entrevistas del Presidente o de su representante, con los jefes del judaísmo o con los elementos

caracterizados de ciertos núcleos encuadrados bajo el denominador común de protestantes.

¿No hay motivo para sospechar que en las gestiones de los baptistas se oculta algo más que un simple prurito de legalidad constitucional?

Un caso concreto de intervención masónica

El sentimiento anticatólico es vivo y poderoso en determinados sectores de positiva influencia de los Estados Unidos. ¿Quién mantiene e incrementa este sentimiento?

Vale la pena recordar a este respecto la importancia extraordinaria que la masonería internacional concede a toda labor encaminada a destruir o a dificultar la subsistencia de las escuelas católicas. Con procedimientos de todas clases, y con argucias legales cuando la ocasión se presenta, pone mil obstáculos al libre desarrollo de dichas escuelas, e impide aun la más elemental instrucción religiosa de los niños que acuden a los colegios dependientes de la pública administración. Los ejemplos recientes de Francia, Bélgica y Checoslovaquia pueden ilustrar suficientemente este aserto.

Fiel la masonería norteamericana a esta trayectoria, y en consonancia a la interpretación específica de las logias a su conocido lema triangular de «libertad, igualdad y fraternidad», intenta infatigablemente, con todos los medios a su alcance, ahogar y suprimir la libertad de la Iglesia, la igualdad de las razas (dentro de la masonería se dan casos incluso de logias especiales para los negros) y la auténtica fraternidad cristiana. Estos han sido sus objetivos esenciales, los de ayer, los de hoy y los de siempre.

Para ilustrar brevemente, pero con datos fehacientes, esta perturbadora realidad de las actividades de la secta, reproduciremos una información aparecida en diciembre de 1933 en la revista masónica *Acacia*. Se refería dicho periódico al proyecto de suprimir los impuestos que afectaban a las escuelas católicas del Estado de California, y explicaba lo siguiente:

«La Gran Logia de California ha tomado en varias ocasiones resoluciones relativas a la defensa de las escuelas públicas contra los intentos de la Iglesia romana. Hace cinco meses fué sometida a plebiscito una ley eximiendo de todos los impuestos a las escuelas primarias católicas. El Gran Maestro de esta Gran Logia aceptó el desafío, y dirigió una circular a los cuarenta mil masones sujetos a su jurisdicción, a fin de llamar su atención sobre la gravedad de esta cuestión y señalarles el daño que acarrearía a las escuelas públicas una tal medida de excepción. El inspector general del Rito Escocés antiguo y aceptado de la jurisdicción del norte de los Estados Unidos notificó igualmente el hecho a todos los miembros conocidos de la región pertenecientes al Rito Escocés. El plebiscito tuvo lugar el día 27 de junio último, y a pesar de que la Iglesia romana puso en juego su potente máquina, la ley fué rechazada por 719.576 votos contra 497.906. Esta derrota es una de las más duras que el clericalismo ha sufrido en no importa qué Estado de la Unión. La Orden femenina de la «Eastern Star», que agrupa a las mujeres cuyos maridos, padres o hijos son francmasones, ha contribuido en gran parte a esta victoria del espíritu laico en California.»

Ahí vemos claramente confesada la dirección masónica en un caso concreto de lucha contra la verdadera Iglesia de Cristo. Los ejemplos podrían repetirse incesantemente. Protestantismo, masonería forman un frente unido contra el Catolicismo, y son, en realidad, junto con siniestros personajes no encasillados estrictamente en ambos grupos, los que dirigen, impulsan y accionan en el movimiento anticatólico que se va perfilando en los Estados Unidos.

(7) Art. cit. pág. 483.

DE ACTUALIDAD

La misión de Italia.—La Iglesia Católica en Siberia.—Los judíos de Francia colaboran activamente con los sionistas

La misión de Italia

Su Santidad el Papa recibió el día 15 del pasado mes de diciembre al Presidente de la República italiana. Con esta ocasión el Romano Pontífice pronunció un discurso en el que hizo constar su esperanza de que Italia, «por Nos tan amada, pueda cuanto antes, principalmente en alivio de los pobres y de los necesitados, reparar las ruinas causadas a ella por la terrible guerra y realizar aquella misión que la divina Providencia le ha asignado, que confirma la historia, y que, en cierto modo, determina su misma posición geográfica».

Y continuó diciendo el Papa: «Efectivamente, colocada ella en el cruce de las tres razas en que el género humano se subdivide, parece como un puesto adelantado para todas las gentes, a fin de unir las en una sola gran familia humana con los lazos de la amistad fraternal. Bien comprendió esto Roma desde sus principios, cuando antes que nadie levantó la bandera del derecho de gentes y con ella confederó a los pueblos del Tiber. Pero cuando Roma, con la victoria de la religión cristiana, se convirtió realmente en maestra del mundo fué cuando realizó plenamente la misión que le había sido confiada, y la sigue realizando, enseñando que todas las gentes tienen a Dios como Padre común, que todas han sido redimidas por la misma sangre de Cristo y que todas están destinadas a la misma patria celestial.

»Vuelva la paz, que desde hace tiempo ha sido desterrada en la tierra, a todos los pueblos, apoyada en estos principios, lanzando lejos los odios y los rencores, con los cuales hasta ahora las marcas de una guerra cruel han atormentado su espíritu. Alimentamos la firme esperanza de que Italia, regada hace casi dos mil años por las aguas salvadoras del Evangelio, pueda, con el influjo del prudente consejo de Vuestra Excelencia, trabajar enérgicamente en esta labor y reparar en breve los graves daños padecidos, de tal manera que Roma, patria común, salude de nuevo a todas las gentes unidas en un vínculo fraternal.»

La Iglesia Católica en Siberia

Grandes campamentos de esclavos cubren las desoladas regiones de Siberia. Más de doscientos mil polacos, cien mil lituanos, setenta mil letones y una cifra imprecisa de alemanes, húngaros y de otras nacionalidades, habitan aquel territorio cuidadosamente vigilados por los soldados soviéticos, que observan todos sus movimientos y les obligan a trabajar duramente para poder obtener una insuficiente alimentación.

Familias enteras habitan chozas inmundas; hombres, mujeres y niños son obligados a llevar una vida miserable, de la cual tratan los perseguidores de arrancar todo signo de espiritualidad. Pero aun en la Siberia, la Iglesia Católica está presente.

Muchos sacerdotes, según informa el cónsul lituano en Chicago, Peter Dauzvardis, forman parte de este verdadero rebaño humano, y en la clandestinidad más absoluta celebran la Santa Misa y confortan a los fieles con los auxilios de la Religión. Cuando los guardas —dice el informe—, armados de ametralladoras, se pasean rondando las chozas de los campos de esclavitud, los fieles de la Iglesia descubren las imágenes religiosas que han ocultado cuidadosamente bajo el piso, y comienzan a elevar oraciones colectivas, calladamente.

En los inmensos páramos de la Siberia roja no se ve ningún signo que revele la existencia de la Iglesia, y, sin embargo, está allí presente como testimonio irrefutable de que jamás las potencias adversas podrán prevalecer contra ella. «Jamás —dice Pío XII— podrán debilitarla; antes bien, las luchas internas y externas contribuyen a acrecentar su fuerza y aumentar las coronas de sus gloriosas victorias.» (*Summi Pontificatus.*)

Los judíos de Francia colaboran activamente con los sionistas

El día 12 del pasado mes de diciembre se celebró en el Palacio de Orsay de París, una reunión de delegados de todas las organizaciones y comunidades judías existentes en Francia. La asamblea aprobó por unanimidad el texto de la siguiente proposición:

«La Conferencia Nacional de Ayuda a Israel, que ha reunido a los representantes de 156 comunidades, organizaciones y asociaciones judías de Francia para examinar la situación de Israel y estudiar los medios para aportar una ayuda eficaz y poderosa a Israel, manifiesta a los heroicos combatientes del ejército de defensa de Israel su profunda admiración, se inclina ante el sacrificio de quienes han caído por la causa de Israel, dirige su saludo fraterno a los jefes y soldados y a los voluntarios de los distintos países, entre los cuales los numerosos combatientes judíos venidos de Francia y del Africa del Norte; dirige su ferviente saludo a la nación de Israel, a Chaïm Weizmann, presidente del Consejo de Estado, al gobierno provisional de Israel y a su jefe, David Ben Gourion, que en seis meses de esfuerzos y a pesar de la guerra, han sabido hacer de Israel una realidad viva. Gracias a su tenaz voluntad, han abierto las puertas del país a una gran inmigración y han asegurado la posibilidad de una vasta reconstrucción; saluda a la delegación de Israel en la O. N. U. y especialmente a Moshe Shertok y Aubrey Eban, cuya vocación a la causa judía, junto a su sentido político, les ha permitido obtener de la Asamblea de las Naciones Unidas que reconociera de hecho al Estado de Israel, coronando medio siglo de esfuerzos incansables de los pioneros judíos de Eretz Israel y de los sionistas del mundo entero; dirige a la Agencia judía el testimonio de su adhesión ferviente, igual que a las dos grandes instituciones nacionales de Israel: el Kéren Kayémeth LeIsrael y el Kéren Hayessod, que han prestado un poderoso concurso a la labor de defensa y formación del Estado de Israel, prosiguiendo, a pesar de la guerra, su sagrada misión de crecimiento y equipamiento de Israel; y acuerda responder al llamamiento de Israel aportando el concurso de todos los judíos de Francia para ayudar al pueblo y al país de Israel:

»A asegurar su seguridad; a organizar un gran movimiento de inmigración; a desarrollar intensamente la colonización.

»En consecuencia, la Conferencia Nacional de Ayuda a Israel dirige un llamamiento urgente a todas las comunidades israelitas de Francia, a todas las asociaciones, organizaciones, grupos judíos de Francia y a todos los hombres de buena voluntad, para reunir, hasta el 1.º de julio de 1949, quinientos millones de francos, que será una contribución del judaísmo de Francia a Israel y la manifestación de su unión profunda al nuevo Estado judío.»

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

HABLANDO CON FRANQUEZA, por James F. Byrnes (traducción de J. G. de Luaces y F. Durán). Editorial Juventud, S. A. Barcelona.

«He querido dar al lector un asiento ante la mesa de las conferencias», nos dice Byrnes, ex Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica, en el prólogo de su obra «Hablando con franqueza». Y el lector va viviendo a través de una narración pródiga en detalles, las célebres conferencias, de los «grandes» unas e internacionales otras, de Yalta, de Postdam, de Londres, de Moscú, de París y de Nueva York. A la luz de tales reuniones aliadas estudia también Byrnes los antecedentes de los acontecimientos y explana las premisas que él cree fundamentales para la consecución de la paz duradera.

Una obra, en suma, bastante completa. Y así lo decimos porque en ella aparecen los hechos que bien pudiéramos llamar «exteriores». Los verdaderos móviles, los que son la auténtica razón de ser de las cosas y pudieran explicar mucho o casi todo lo sucedido, no se manifiestan por ningún sitio.

De vez en cuando surgen en escena personajes judíos ocupando puestos clave entre bastidores, a los que se pide consejo (siguiéndolo después) en momentos de grave responsabilidad.

Mientras el lector lee, acaso afloran a sus labios leves sonrisas producidas por la «ingenuidad» norteamericana. Dirá el lector que los EE. UU. es un pueblo joven, sin experiencia, que, además, ha vivido hasta nuestros días en abstencionismo político internacional. Nosotros no queremos ni podemos creer en esa «ingenuidad». Un momento u otro la Historia nos dirá la cruda realidad de esas puerilidades y no sonreiremos como ahora.

Mientras ese día llega, observemos cómo la U. R. S. S. gana terreno, sometiéndolo a naciones enteras a la órbita de su influencia, interviniendo en otros países con las redes de los partidos comunistas y su sistema antisocial de lucha. Y como, por otro lado, aparentemente opuesto, las ayudas y cooperaciones militares y económicas, los proyectos de alianzas, los planes de unión y de pactos, tienden a colocar a los Estados no comunistas bajo la dirección y hegemonía de otro, para cuya Presidencia ha sido reelegido un hombre que presentaba un programa electoral socializante y es árbitro de la protección a las naciones cuyo gobierno es democrático, a la manera que el liberalismo lo entiende, y socializador.

En su libro detalla Byrnes los preludios de esta tragedia que hoy continúan viviendo todos los pueblos, con nuevos y gravísimos problemas que a diario resurgen por no haber encontrado un eficaz cicatrizante en su hora oportuna. Y todo parece que no tiene otra solución que el triunfo de gobiernos comunistas o de pactos económicos, militares y políticos alrededor de uniones concebidas en las mentes calenturientas de los hombres de la Revolución, del liberalismo y de la masonería.

El antiguo Secretario de Estado afirma: «Hay en este mundo, y siempre hubo, espacio para más de una ideología y más de un sistema de vida. Hay espacio para el modo de vivir de los soviets y para el sistema de vida norteamericano. La creencia en la inevitabilidad del choque entre ideologías es más fácil que produzca éste, que no el endiosar cualquier ideología o modo de vida en este

mundo. Ni siquiera la desdichada división de Europa en dos esferas políticas y económicas y justifica el hablar de la inevitabilidad del choque.»

¿Será cierto que lo único que se busca es el vivir en un «espacio soviético» o en otro «norteamericano» y que todas las divergencias son sólo sobre cuáles pueblos deben habitar en uno o en otro? ¿Será cierto que no habrá choque y que la tensión internacional acabará cuando los «espacios» queden definitivamente delimitados? ¿Será cierto que la inquietud de los pueblos se produce ficticiamente para obligarles a entrar en un «espacio» u otro?

Ciertas afirmaciones de Byrnes, unidas a propuestas de soluciones, suenan ya hoy en el vacío.

«Nuestra política habrá de ser de firmeza y de paciencia.» El mundo entero sabe cómo han de medirse esa paciencia y esa firmeza y cuáles son sus resultados en una postguerra sin paz y sin orden.

«No estoy conforme con los que afirman que la falta de cooperación de Rusia ha destruido a las Naciones Unidas. Sigo creyendo que nuestras mayores esperanzas de paz radican en sostener y desarrollar este organismo. Tiene más posibilidades de lo que generalmente se cree, y nos ofrece la oportunidad de fomentar el espíritu de cooperación, que es el único que puede asegurar la paz.» A la luz de los acontecimientos, bien meditados los puntos que contiene esta afirmación, ¿qué valor tienen?, ¿conducen con la realidad?

Los que se sientan en los banquillos de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad, ¿creen de veras en la eficacia de las Naciones Unidas? ¿Por qué se buscan las soluciones al margen de la Organización? ¿Por qué no aparecen por ningún lado las medidas necesarias que acaben con abusos tiránicos, mientras se sacrifican pueblos enteros y se mantienen indefinidamente situaciones enervantes? Las fórmulas de conciliación se repiten hasta lo inconmensurable sin que nada, en verdad, se concilie... a lo menos, exteriormente, a los ojos del mundo.

Pese a todas las soluciones que hoy se buscan, nadie vislumbra la paz. Las más negras tinieblas obscurecen el horizonte. Día a día, gobernantes y naciones se alejan del único faro que puede conducirles a puerto seguro. Y la consecuencia son tremendos males, sobre los que domina el temor, la desesperación, la zozobra y la miseria.

Observemos también la primordial importancia que Byrnes da a las soluciones de tipo económico. Con lo cual sigue el moderno concepto revolucionario y liberal, que con ello sólo pretende apartar las mentes de problemas más trascendentales y fundamentales. Para resolver éstos a su manera, sin discusión, despóticamente, mientras se permite a los hombres entretenerse en bizantinas discusiones económicas, haciéndoles olvidar que nunca jamás podrá existir un buen ordenamiento económico sin unas sólidas bases religiosas, morales, sociales y políticas.

James F. Byrnes ha querido «hablarnos con franqueza». Hay en su libro verdades soltadas a bocajarro. Pero no están consideradas como se debiera. Y no están ni con mucho, dichas todas. Anotamos la importancia que como documento histórico tiene su libro, pero no creemos en su entera franqueza. Hay cosas que siguen siendo muy oscuras y que Byrnes debe saber muy bien por el puesto que ocupó. Se las ha callado: él sabrá por qué.

Luis Luna

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Revista **CRISTIANDAD** tiene lectores en los siguientes países:

E u r o p a

BELGICA: Lieja

FRANCIA: París, Bordeaux, Angers, Lignières, Lourdes

HOLANDA: Nijmegen.

INGLATERRA: Londres, Oxford, Chipping Northon, Eastbourne, Newcastle-On-Tyne

IRLANDA: Dublín, Ballinasloe, Cabra, Cappoquin, Cashel, Killaloe

ITALIA: Roma, Florencia, Génova, Milán, Palermo, Padua

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Braga, Braganza, Coimbra, Cova de Iria, Covilha, Leiria, Alcains, Alvares, Campo Maior, Estoril, Foz de Douro, Lagoal-Caixias, Negrellos, Peniche, Tomar, Vidago, Vilanova de Gaia

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

A s i a

CHINA: Wuhu

INDIA: Bombay, Amod, Bhavnagar, Baroda, Bulsar, Kandi, Khandala, Madras, Shembaganur, Talasari, Mhemdabad, Nadiad, Rajkot

JAPON: Tokyo, Hiroshima

A f r i c a

MARRUECOS ESPAÑOL: Tetuán, Melilla, Ceuta, Tánger

GUINEA ESPAÑOLA: Santa Isabel (Fernando Poo)

A m é r i c a

ALASKA: Bethel

CANADA: Ottawa, Montreal, Quebec, Edmonton

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Los Angeles (California), Plasentia (California), Berkeley (California), Alburquerque (New Mexico), Montezuma (New Mexico), San Antonio (Texas), El Paso (Texas), Edinburg (Texas), San Agustín (Florida), Chicago (Illinois), San Pablo (Minnesota), Webster Groves (Missouri), Framingham Centre (Massachussets)

ARGENTINA: Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Santa Fe, Salta, Mendoza, Jujuy, Ciudadela, Mari-Lauquen, Morón, Pirovano, San Juan, San Miguel, Viedma

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Braganza Paulista, Itatiba, Mogi Mirim, Recife, Santos

COLOMBIA: Bogotá, Cali, Jericó, Medellín, Pasto, Tunja, Usaquen, Zipaquirá

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Holguín, Sancti Spiritus, Pinar del Río, Camagüey, Ciego de Avila, Guaimaro, La Víbora, Manzanillo, Morón, Nuevitas, Violeta

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Talca, La Serena, Los Andes, Padre Las-casas, San José de Mariquina, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito, Cuenca

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Cobán, Quezaltenango, Sololá

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: Méjico, Mérida del Yucatán, Tampico, Guadalajara, Morelia, Puebla Coyoacán, Cuquío, Chihuahua, Puerto Vallarta

NICARAGUA: Managua, León

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Iquitos, Magdalena del Mar, Miraflores

PUERTO RICO: San Juan, Aibonito, Ponce, Santurce

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo, Santiago de los Caballeros

TRINIDAD: Puerto España

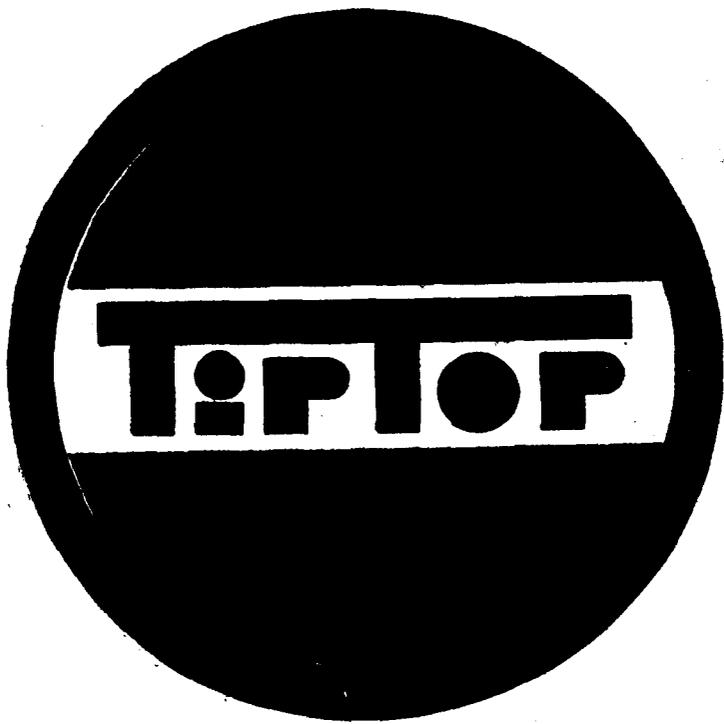
URUGUAY: Montevideo, Florida

VENEZUELA: Caracas, Valencia, Mérida, Bucaramanga

O c e a n í a

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila



**Auto Crema Sintética
(auto-cream-creación americana)**

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A



*Visite las Cuevas
de Artá*

CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "

■
Número ordinario . . . 5²⁵ pts.
Encuadernar 25 >
Tomo encuadernado . 125 >



INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A



San Francisco, 14, pral., 1.º
T A R R A G O N A